

BOLETIN

DEL

INSTITUTO DUARTIANO



Año IX – Diciembre 1982 – No. 17

SANTO DOMINGO
República Dominicana

El Instituto Duarte se dedica al estudio y difusión del Padre de la Patria Juan Pablo Duarte y de cuantos temas interesan a la historia de la República Dominicana.

La intención del Instituto Duarte no se agota, sin embargo, en la muy importante finalidad de buscar y ofrecer conocimientos históricos.

Siendo la vida de Juan Pablo Duarte un ejemplo de virtud ciudadana en grado heroico y de entrega al ideal de patria libre con justicia, el Instituto Duarte persigue también, al divulgar al ilustre patricio, el progreso cívico y el perfeccionamiento moral del pueblo dominicano.

BOLETIN
DEL
INSTITUTO DUARTIANO

Dirección y Redacción a cargo del
Presidente.

Año IX	Diciembre 1982	No.17
--------	----------------	-------

CONTENIDO

	Pág.
MANUELA DIEZ, MADRE Y PROCER	5
NUEVO BUSTO DE DUARTE EN SAN JUAN DE LA MAGUANA.	13
UNA CARTA DE VICENTE CELESTINO DUARTE.	15
Manuel de Js. Mañón Arredondo EL CABILDO DE SANTO DOMINGO Y LA APOTEOSIS DE DUARTE	19
SANCHEZ Y MELLA NAUFRAGOS	27
Manuel Marino Miniño M.L. LA FACETA ARTISTICA DE JUAN PABLO DUARTE	29
Ramón Francisco LA SONATA TRISTISIMA A JUAN PABLO DUARTE	41

Diagramación: Eddy R. Contreras F.

LA POLITICA ES PARA LAS INTELIGENCIAS
NOBLES

Pedro Troncoso Sánchez 57

LA GLORIA DE SANCHEZ 63

TEMAS HISTORICOS DOMINICO- HAI-

TIANO. LA INVASION DE 1822 65

Las opiniones emitidas en este Boletín no son necesaria-
mente del Instituto Duarteano.

MANUELA DIEZ, MADRE Y PROCER

Discurso inaugural de la estatua de Manuela Diez de Duarte, el 16 de Julio de 1981, del Presidente del Instituto Duarteano, Lic. Pedro Troncoso Sánchez.

Bien merece Manuela Diez un monumento; bien merece que una figura alegórica mantenga su imagen histórica en la conciencia nacional. Y sobre todo que ese homenaje a su memoria consista en una estatua erigida a un paso de la tumba de su glorioso hijo y sus compañeros Padres de la Patria, Sánchez y Mella, y teniendo cerca el bastión en que estos entrañables y admirados amigos proclamaron la República. También está muy próximo el busto de otro de los grandes de la Independencia, el cuatro veces prócer trinitario Pedro Alejandrino Pina, quien desde hoy estará más acompañado. Este jardín del Altar de la Patria pudiera ir poblándose con estatuas de otros héroes máximos de la nación. Es esta inauguración una ocasión favorable para sostener que la familia toda Duarte—Diez también merece una honrosa recordación por la estatura moral con que se proyecta en nuestra historia.

Manuela Diez no fue sólo la madre de Juan Pablo Duarte, Ella es además una insigne prócer de la Patria. Su identificación con el ideal del hijo; su sacrificio, le hacen ganar este título. Ella ejemplifica el patriotismo del sufrimiento y de la dignidad.

En agosto de 1843 tiene Duarte que salir del país para

librarse de la persecución del dominador. En Venezuela y en Curazao sigue trabajando en su proyecto de liberación. Consigue muy poca ayuda. Eran tiempos adversos en aquellos países. Piensa una vez más en su padre como posible fuente de recursos. Ya Juan José Duarte había dado mucho y comenzaba a empobrecer. Cuando Juan Pablo Duarte se dispone a escribirle, para pedirle un sacrificio más, se entera de que ha muerto. La familia ha quedado sin su sostén. Vicente Celestino, el hijo mayor, en situación difícil como su padre, debida a la labor revolucionaria de Juan Pablo, y él en el extranjero. La esperanza de obtener el concurso del progenitor se le extingue. Sólo tiene ante sí el camino de pedir a la familia poner a disposición de la revolución la fortuna heredada. Es mucho pedir puesto que ahora no hay quien mantenga activo y productivo ese patrimonio.

Al faltar el padre, la familia le ha escrito reclamando su presencia. Es la ocasión que se le depara a Duarte, todavía convalesciente de una fiebre cerebral, para concebir su carta del 4 de febrero de 1844. Si su madre y hermanos quieren que regrese es preciso independizar antes la Patria y para esta empresa se necesitan recursos. Esos recursos no pueden ser otros que los bienes heredados porque en Venezuela y en Curazao ha agotado ya todos sus esfuerzos y poco ha conseguido.

Si Doña Manuela y sus hijos hubieran estado hechos con la madera del común de los mortales le hubieran contestado: "Estás loco! Deja esas veleidades de patriota y ven a trabajar en el almacén". Sin embargo, la decisión es otra. Doña Manuela convoca a los Trinitarios a su casa y forma consejo familiar con sus hijos y con ellos. Se discute la difícil solicitud y finalmente se resuelve acogerla, aceptando las tremendas consecuencias de la entrega del patrimonio heredado. Ya estaban muy adelantados los preparativos del golpe independentista y lo único aprovechable por el momento de los bienes puestos a disposición de los patriotas por la familia Duarte Diez es el plomo depositado en el almacén de la Atarazana, que puede ser utilizado para convertirlo en balas. Las mismas Duarte las fabrican bajo la dirección de Tomás de la Concha, y miles fueron enviadas a los conjurados de la región oriental.

Conviene que en estos tiempos cobren actualidad próce-

res de la República como Manuela Díez y sus hijos. Ellos son figuras históricas cuyo ejemplo excepcional es saludable tener presente como estímulo moral en las sucesivas generaciones de dominicanos. La natural propensión humana es egoísta. El egoísmo individual y el de grupo es característica de toda la humanidad. En los asuntos que conciernen al bien de todos, esto es, en los asuntos políticos, muchos participantes suelen mezclar o esconder intereses particulares o de grupos detrás del interés nacional. Es pues necesario mantener vivos en la conciencia ciudadana los casos diferentes, como el de la familia Duarte Díez, es decir, los ejemplos en que hay, en vez de provecho propio, en vez de egoísmo, una actitud colectiva de sacrificio en aras del interés general. La consecuencia de haber sido abnegados patriotas los miembros de la familia Duarte Díez, una vez lograda la fundación de la República, no fue un reconocimiento del Gobierno y el pueblo dominicanos. Fue lo contrario. A Duarte lo expulsa injustamente el Gobierno del General Pedro Santana en el mismo año de la independencia y al año siguiente es expulsada su familia sobre el fundamento de que si fue gente capaz de fabricar balas para la revolución que expulsó al ocupante extranjero era presumible que también tenía los mismos arrestos para derrocar el gobierno de Santana.

Debió pasar mucho tiempo antes de que la República honrara el nombre de Manuela Díez y de sus hijos reconociéndoles sus méritos. Tanto tiempo pasó que ella, la que tuvo el valor de ofrecer su viudez al bien de la patria, murió proscrita, antes de que esa reivindicación se produjera. Sus restos no son identificables hoy por haber sido enterrada en un cementerio que ya no existe. Ella había nacido en El Seybo el 25 de Junio de 1786 y entregó su alma en Caracas en 1859 en condiciones de pobreza cuando todavía era una incógnita el paradero de Duarte en el interior de Venezuela. Ningún homenaje que ahora se le tribute a la egregia madre del Fundador será suficiente para nosotros lavarnos de la culpa de aquellos antepasados.

Esta estatua la representa joven, con el aspecto que debió tener cuando dio a luz a Juan Pablo el 26 de Enero de 1813. No puede decirse que esta estatua sea un retrato de ella, puesto que muy poca noticia nos ha llegado de su aspecto corporal, pero sí es el símbolo de la imperecedera gratitud.

dominicana a esa mujer que tuvo la virtud de alternar con su hijo en grandeza moral y en auténtica disposición de sacrificio.

Ejemplo de serenidad, de dolor y de renuncia en los días en que nuestro pueblo se libraba de una oprobiosa situación Manuela Diez no es el único caso de persona que cumplió altos valores con heroísmo y no recibió recompensa en vida, sino más bien hostilidad, pero que andando el tiempo se levanta dejando muy abajo, sin estatuas que los recuerden, a los poderosos que la vilipendiaron. Estén seguros quienes ahora saben renunciar a ventajosas oportunidades porque para ellos vale más la devoción a los principios, el adelanto de las instituciones y el honor de la palabra dada, que será la posteridad la que sabrá tributarles su homenaje admirativo. Esta seguridad es suficiente estímulo para quienes guían su vida pública con el sello de la autenticidad y sin falsas poses doctrinarias.

Iniciándose en estos días una etapa de pugnas partidistas y de exacerbación de pasiones debida a la proximidad del día en que el soberano elegirá a sus mandatarios, favorable es la hora para mostrar la figura de Manuela Diez, en quien sólo hubo sacrificio por la patria y sin embargo fue víctima de la lucha por el poder y de las ambiciones desenfrenadas, y excelente es la oportunidad para que dirigentes y dirigidos demuestren que este pueblo ha dejado atrás aquellas injusticias y arbitrariedades y sabe desenvolver la vida verdaderamente republicana, es decir, de justicia y de paz, prevista en la Constitución.

Bien elegido ha sido el 16 de Julio, día de La Trinitaria y a un día del aniversario de la muerte del Padre de la Patria, para la inauguración de este monumento. La gloriosa sociedad secreta, cuyo 143 aniversario se cumple hoy, fue la matriz de la República.

En ella comenzó a cobrar vida como en un claustro materno. Duarte se consideró desde ese día "dominicano independiente" según lo declara en documento memorable. Y eso fue así porque la criatura que crecía en el seno de la agrupación y que desde el 27 de convirtió en el Estado Dominicano, fue una realidad política latente desde el 16 de Julio de 1838.

Hay ciertamente analogía entre el papel de Manuela Diez en nuestra historia y la función genitora de La Trinitaria. En la egregia seybana se gestó una vida humana que a partir del 26 de enero de 1813 se convirtió en el sujeto que potencialmente contuvo la patria libre que comenzó a latir desde un día como hoy, en proceso gestativo, hasta que el alumbramiento se produjo cinco años después.

En la efemérides de este día estamos uniendo, en un solo homenaje, a la madre de Duarte con el sentido materno de la Trinitaria al desvelizar esta bella estatua modelada por el escultor Nicola Arrighini, la cual representa a la mujer que ofrendó el desamparo de su viudez a un ideal de independencia y dignidad.



27 de Febrero de 1982. El presidente del ID inaugura un busto de Duarte en San Juan de la Maguana.

NUEVO BUSTO DE DUARTE EN SAN JUAN DE LA MAGUANA

El 27 de Febrero de 1982 fue inaugurado en San Juan de la Maguana un nuevo monumento al patricio Juan Pablo Duarte, en la plaza, a la entrada de la ciudad.

El acto se inició con la ejecución del himno nacional, por la Banda Municipal. Inmediatamente fue desvelizado un busto en bronce del Padre de la Patria, obra del escultor Antonio Prats Ventós, por la comisión del Instituto Duarteño, compuesta por su Presidente, Lic. Pedro Troncoso Sánchez y señora, y los Dres. Arístides Estrada Torres, Pedro R. Vásquez y Juan Daniel Balcácer.

El Dr. Augusto Ramírez Piña, Presidente de la Junta de Ornato de San Juan, tuvo a su cargo el discurso de entrega del monumento al pueblo de San Juan.

A continuación el Presidente del Instituto Duarteño leyó el discurso de orden, cuyo texto se publica en otro lugar de esta edición. Terminado el discurso, tuvo lugar una ofrenda floral al pie del monumento, en la cual participaron la Gobernación Provincial en representación del señor Presidente de la República, el Ayuntamiento de San Juan, el Instituto Duarteño, el Centro Duarteño de San Juan, la Junta de Ornato y Embellecimiento de San Juan, otras instituciones y establecimientos escolares.

Se cerró el acto con la entonación del himno a Duarte por el coro de la escuela Atala Cabral Ramírez.

Al acto concurrieron altas autoridades provinciales y del Ejército Nacional, numerosas damas y caballeros de la sociedad sanjuanera, el alumnado de la escuela Atala Cabral Ramírez, otros planteles y público en general.

Los detalles del acto fueron transmitidos a toda la región por las emisoras Radio Centro y Radio San Juan, propiedad de los Sres. Iván Ramírez y Pelayo González. Terminada la ceremonia, la concurrencia se trasladó a uno de los salones del Palacio Municipal en donde el Centro Duartiano y la Junta de Ornato de San Juan de la Maguana ofrecieron un brindis a la delegación del Instituto Duartiano.

UNA CARTA DE VICENTE CELESTINO DUARTE

por Pedro Troncoso Sánchez

A Vicente Celestino Duarte se le menciona a menudo como el hermano mayor del máximo patricio dominicano Juan Pablo Duarte.

Esta cercana relación con el Padre de la Patria no ha dejado percibir con claridad el mérito personal del primogénito de la familia.

Es justo que a Vicente Celestino se le reconozca siempre la alta calidad de prócer de la República, ganada con heroísmo.

Su participación en el seno de la sociedad secreta La Trinitaria fue de tal manera relevante desde el principio que mereció ser designado por la patriótica agrupación con el grado de Coronel, junto con Sánchez, Mella, Pina y Pérez, para dar una organización jerárquica a sus trabajos.

Es de los revolucionarios que con más fervor se dedicaron a la preparación de la independencia. Su campo de acción fue la porción oriental del país, a la que se le daba la mayor importancia por su favorable posición estratégica y por su tradición bélica.

De tal manera era así que en el primer plan de lucha armada se preveía el desembarco de Juan Pablo Duarte en Guayacanes y la formación de un contingente que debía quedar bajo sus órdenes en Los Llanos, formado por Juan

Ramírez. Este primer plan no se materializó pero siempre fue la región oriental la que proporcionó la fuerza decisiva, bajo el mando de Pedro Santana, para sostener la República recién fundada. La adhesión de los hermanos Santana a la causa de la independencia fue originalmente iniciativa de Vicente Celestino Duarte.

Lograda la independencia en 1844, es bien sabido que sus más auténticos forjadores, patriotas puros más que políticos, fueron víctimas de quienes se adueñaron del poder en el naciente Estado. Vicente Celestino fue expulsado del país en aquel mismo año junto con los Padres de la Patria por la Junta Central Gubernativa.

De nuevo en su tierra tras la amnistía decretada por el Congreso Nacional en 1848, lo vemos haciendo en Los Llanos la vida oscura del hombre sencillo, carente de ambiciones, que no se hace pagar sus servicios. La estimación de que goza en la comarca lo lleva al cargo de Alcalde Constitucional y durante este ejercicio en 1856 escribe la carta que más abajo se reproduce, la cual refleja la estatura moral del prócer.

Un año y meses después es elegido diputado por Los Llanos en la Asamblea Rivisora de la Constitución reunida en Moca. Es la ocasión para que la voz y el voto de Vicente Celestino expresen los sentimientos liberales a que se refiere en la carta abajo transcrita y así contribuye a dar al país la Constitución más avanzada que tuvimos en el Siglo XIX. La vuelta de Santana al poder en 1858 lo aleja de nuevo de la patria y en Venezuela le sorprende la noticia de la Anexión.

62 años tiene cuando integra la expedición libertadora que encabezada por su glorioso hermano desembarca en Monte Cristi y se une a la lucha restauradora. Vicente Celestino queda incorporado como Oficial Pagador a la tropa con que Luperón emprende su campaña en el Este. En un encuentro con anexionistas, combate en la primera línea y Luperón le ordena pasar a la retaguardia en consideración de su edad. "General, déjeme aquí; yo también quiero mi cachito de gloria", fue su respuesta.

Luperón consigna este rasgo de Vicente Celestino en su historia de la Restauración y gracias a esta mención brilla hoy con inextinguible resplandor su "cachito" de gloria.

Todavía no se sabe donde y cuando murió aquel valiente de limpio corazón.

La carta que tan elocuentemente muestra la nobleza de su alma figura en la página 212 del Tomo II de la Colección de Documentos para la Historia de la República Dominicana que recoge Emilio Rodríguez Demorizi. El Ministro de Justicia e Instrucción Pública a quien contesta Vicente Celestino lo era Félix Ma. del Monte. Dice así:

“Alcaldía Constitucional de la común de los Llanos. Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Hace un mes y medio que he estado enfermo en cama y ahora me hallo en la convalecencia por cuya razón el Sr. Manuel Padilla primer suplente de esta Alcaldía, me ha reemplazado en ella en cuyo tiempo este Sr. pidió las cadenas sin haber prestado yo mi consentimiento, al contrario un día que vino a visitarme en mi enfermedad antes de mi recaída, me habló sobre el particular y me opuse diciéndole que no las pidiera que esta administración no estaba por conceder cadenas, y sin embargo siempre las pidió, sin haber llegado a mi conocimiento hasta que no recibí el oficio que V.E. me envió en contestación al que le había dirigido el referido Sr. Juez Suplente: en él vi la reprimenda que le envía al Alcalde Constitucional de los Llanos, reprimenda injusta que me fue muy sensible por no haber dado lugar para ello así es que no habiendo yo cometido la falta de que se me acusa, no era a mí a quien debería reprenderse sino a quien la cometió; en fin tan luego como pasé vuestro oficio por la vista se lo envié al expresado Sr. que la había cometido para que se enterara de la reprensión de V. E. por haber pedido las cadenas contra mi voluntad”.

“Por lo que respecta ponerle cadenas a los prevenidos antes de ser condenados por medio de una sentencia a los trabajos forzados, aquí desde que yo ocupo el destino de Alcalde no se ha cometido semejante abuso de poder no tan solamente por la responsabilidad personal que pesa sobre el que lo comete sino también por ser una arbitrariedad agena de mis sentimientos puramente liberales”.

“He molestado la atención de V. E. para enterarlo de lo que ha pasado, y que no forme un mal concepto de mí. V. E. me conoce y me ha tratado, y como hombre de grande inteligencia y penetración, habrá penetrado el fondo de mi corazón. Llanos, Noviembre 26 de 1856 y 13 &c. Dios guarde a V. E. ms. años. V. C. Duarte de Bejer’”.

GACETA OFICIAL, Núm. 147, 9 de diciembre de 1856.

Crónicas de la Ciudad Primada.

EL CABILDO DE SANTO DOMINGO Y LA APOTEOSIS A DUARTE

Por el Dr. Manuel de Jesús Mañón A.

Uno de los actos públicos más bellos que recuerden los anales de la vieja ciudad de Santo Domingo, fue el patriótico recibimiento que le tributó el pueblo dominicano a los restos del esclarecido patricio Juan Pablo Duarte y Diez (1813—1876), cuando en 1884 por iniciativa del Ayuntamiento de la Común, se trasladaron solemnemente sus restos, para que descansaran en la Capilla de la Altagracia, de la Santa iglesia Catedral.

Se aprovechó el 27 de febrero de aquel año, día de la Independencia Nacional. Fue un justo desagravio tanto a Duarte como al mismo Francisco del Rosario Sánchez, su inmortal compañero, que ya con anterioridad sus despojos mortales habían sido trasladados en 1874 desde San Juan, debido a los empeños de la Sociedad "La República". Todavía hace falta que algunos de nuestros más connotados pintores nacionales se inspiren en los grandes guerreros de nuestros prohombres, y de gestas civiles rememoradoras del recuerdo. En este sentido se ocuparon algunos artistas del siglo pasado. Tales como: Alejandro Bonilla, Sisito Desagles, Abelardo Rodríguez Urdaneta, y otros, vista de la pobreza iconográfica de carácter histórico que existe todavía en nues-

tro medio. Muchos de ellos se orientaron por la temática histórica, y hasta de la paisajística nacional.

Del mismo Alejandro Bonilla se conoce el cuadro "Los Funerales de Sánchez" (1875), de Arquímedes de la Concha se conoce la pintura romántica de la vieja Plaza Duarte. Asimismo otros tales como Frade y Abelardo Piñeyro, dejaron magníficas imágenes de nuestro pasado de una evocación de sabor auténticamente nacionalista. Lamentablemente, no se tienen noticias de pinturas, ni de fotos antiguas de la llegada de los restos de Duarte, que puedan ofrecernos los detalles de aquella magna apoteosis. Salvo, los informes que ofrecieron los periódicos de la época y que resultaron de gran valor noticioso para la posteridad, quizás sin tomar en cuenta que aquellas noticias impresas en los periódicos y revistas permiten vislumbrar como en los finales del siglo XIX se estaba despertando un notorio sentimiento de patriotismo, y de altas dosis de espiritualidad por aquellos hombres que hicieron posible la Separación, cuyo pago fueron los destierros, los fusilamientos, la difamación y la ingratitud.

ANTECEDENTES

Ya desde la administración del General Ignacio María González y en la de Ulises Espaillat se habían hecho las primeras diligencias para traer los familiares de Duarte y en igual sentido se había pronunciado Gregorio Luperón. En 1879 el regidor Domingo Rodríguez Montaña propuso el laudable proyecto de depositar los restos del patricio en una de las Capillas de la Catedral, luego por una solicitud del Ayuntamiento de Santo Domingo, a la hermana de Duarte le pedían autorización para el traslado de sus cenizas. El 24 de enero de 1884 acceden las hermanas, y se trasladó a Caracas, la ya conocida comisión encabezada por don Alvaro Logroño y don Francisco José Pellerano.

En Caracas, Venezuela, las autoridades de aquel país le ofrecieron a los comisionados toda clase de atenciones.

Previamente y antes de la llegada de los encargados de traer los restos, el Ayuntamiento capitalino invitó a la ciudadanía para que adornaran los frentes de sus casas con banderas nacionales, cortinas y los mejores adornos con el debido ornato y que contribuyeran con la iluminación de las calles.

el 27 de febrero, día acordado para rendir la magna apoteosis a Duarte.

Por otra parte, se había organizado el itinerario de las calles para la procesión y el orden en que debían marchar las distintas corporaciones civiles, eclesiásticas y gubernativas. El Ministerio de Interior y Policía dispuso las ceremonias de estilo y protocolo para los altos funcionarios del gobierno y de las salvas militares desde la fortaleza de la ciudad.

En la madrugada del 25 de febrero se divisó por Punta Caucedo en un mar en calma con los primeros rayos del sol la silueta del bergantín La Leonor, parecía venir entre una sinfonía de luces y cantos celestiales de redención. La nave ágil y airosa como una blanca gaviota, maniobraba con todas sus velas desplegadas, giró su proa avanzando hasta el antepuerto. Luego navegó lenta a poca distancia, frente la vieja ciudad, buscando el canal de entrada y se fondeó frente a "La Cueva de las Golondrinas". Se detuvo balanceándose suavemente entre el murmullo de la marea y los rompientes costeros. Eran las seis de la mañana.

Los comisionados desde la cubierta esperaron un pequeño remolcador a vapor que parecía dar un saludo jubiloso. La tripulación bajo todo el velamen, y se condujo la goleta por la vía fluvial hasta el viejo muelle. Frente a las ruinas de la casa del Almirante. Atracada la Leonor, quedó bajo custodia de honores militares y puestos de centinelas en el portón de la nave.

El día 27 de febrero en horas de la mañana la urna cineraria fue desembarcada y conducida al local de la Comandancia del Puerto (hoy desaparecido), y la Fortaleza comenzó a disparar una salva de veintiún cañonazos. Se montó en capilla ardiente. Una guardia militar vestida de gala permanecía inmóvil, bajo el relampaguear del acero de los espadines de las fuerzas de mar y tierra.

LA PROCESION SOLEMNE

A las tres de la tarde del mismo 27 de febrero comenzó a reunirse el público en la Plaza de la Catedral, a fin de ordenar la marcha que debía ir hasta la Comandancia del Puerto, según se había organizado.

El programa, para el desfile fue el siguiente:

- 1.—Las escuelas municipales, de dos en fondo y con su director y profesores.
- 2.—Las escuelas normales y colegios que llevaban estandarte con pensamientos patrióticos y lemas en honor a Duarte.
- 3.—La escuela Normal, con su director y profesores, el instituto Profesional con sus catedráticos.
- 4.—Las sociedades literarias.
- 5.—Las de recreo. Seguidas unas de las otras.
- 6.—Las sociedades de beneficencia.
- 7.—Los cuerpos de masonería por su orden jerárquico.
- 8.—El comercio y el gremio industrial.
- 9.—El colegio de Abogados y el jurado de Médicos.
- 10.—Los representantes de la Prensa.

El segundo grupo estaba formado por el Gobernador de la Provincia, el Comandante de Armas de la Plaza, el Jefe del puerto, oficiales del Ejército y Marina Nacional. El tercer grupo compuesto por el clero, órdenes de los mercenarios, capuchinos, predicadores y las monjas.

Cuarto grupo: El Cuerpo Diplomático y consular. El quinto formado por los altos oficiales del Estado Mayor del Presidente. El sexto el gabinete en pleno con sus Ministros presidiendo a la cabeza el Sr. Presidente de la República y Vicepresidente.

Séptimo grupo: el Congreso Nacional, la Suprema Corte de Justicia; seguida de empleados judiciales.

Octavo grupo: La Cámara de Cuentas y Haciendas Públicas de la República además personas particulares respetables.

Noveno: Una tropa del Ejército formada en columna y la Banda de música.

El nutrido grupo bajó por la calle a la Comandancia de armas, y siguió toda la calle para arriba hasta bajar por la cuesta del Palacio, y cruzaron por la de San Diego hasta llegar a la Comandancia del Puerto.

CONMEVEDOR ESPECTACULO

La grandiosa comitiva esperó afuera de la Comandancia la urna funeraria conducida por un nutrido grupo de regidores. Las tropas se pusieron en atención: se ordenó un vibrante

toque de corneta cuyo sonido largo y poderoso fue el respetuoso saludo al Padre de la Patria.

En unas andas estaba colocada la urna, en sus lados pendían largas cintas de seda con los colores nacionales. Cargaron en hombros las andas regidores y representantes de las provincias. Nunca se había visto en los fastos de la República un desfile cívico de tal naturaleza y la congregación viva de tantos hombres notables del país que allí se dieron cita.

Entre ellos: don Eliseo Grullón, el General Sebastián Emilio Valverde, M. A. Cestero, Francisco Henríquez y Carvajal, F. A. Gómez Moya, Francisco Gregorio Billini, José de Jesús Brenes, J. R. Rincón, el prebítero Bernardo Pichardo, Jacinto Marcano, Federico Henríquez y Carvajal, Pedro A. Pérez A., Herrera Pedro María Gautier, Alejandro Deefien, A. Bermúdez Ignacio Guerra, Ramón Mostedoca, Antonio Monclus, Juan Pantaleón Castillo y otros notables hombres políticos y letrados.

La enorme marcha salió por la Puerta de San Diego bajo el ardiente sol de la tarde, buscando la cuesta de San Francisco, las tropas y la banda de música delante. El momento más conmovedor fue cuando antes de llegar a la calle del Comercio, en la esquina de la Plaza de la Verdura, tomaron las cintas de colores varios prominentes próceres para conducir la urna en forma simbólica. Fueron llevadas por el Marino Juan Alejandro Acosta, Pedro Valverde y Lara, y Jacinto de la Concha, como los tres próceres de mayor significación que quedaban de los de la Puerta del Conde; otras por el General Juan Bautista Cambiaso, como obrero de la separación y fundador de la Marina Nacional. Volvían en aquellos minutos a revivirse los recuerdos de los días de la Independencia.

Al llegar a la esquina de la Plaza, el séquito con marcha solemne prosiguió por la calle del Comercio (Isabel la Católica). Desde aquella esquina hasta la de la Catedral se cambiaron de turno llevando las cintas, una fue tomada por Félix María del Monte, como el único miembro de la Trinitaria que existía en la capital; otra, por Idelfonso Mella, como propagador y ejecutor a la vez de la idea separatista en el Cibao; el General Félix Mariano Lluberes y el capitán Manuel Dolores Galván, como los únicos ayudantes de campo del General Juan Pablo Duarte, que habían logrado sobrevivirle.

El largo desfile dobló por la Separación (Conde) y volvió a doblar frente al Ayuntamiento por la calle Consistorial (Meriño), frente a la Catedral. Se encontraba allí el jefe municipal y varios ayudantes que se adelantaron para dar con toda preferencia al personal del gobierno, al Cuerpo Consular y al Congreso y las altas corporaciones nacionales.

Cuando llegó la urna de Duarte con la comitiva de la procesión hizo su entrada por la puerta de San Pedro.

LAS HONRAS FUNEBRES Y DISCURSOS

Para la ceremonia se preparó un túmulo en el centro de la nave principal franqueado por cuatro grandes candelabros con largos cirios. La urna era metálica y esmaltada, de color marfil, tenía colocada encima una bandera nacional.

En la Catedral en medio de un gentío apiñado, además de las del gobierno y concurrencia dicha, se había anticipado a tomar puesto en gran número de prominentes familias capitaleñas. En seguida pronunció el elogio patriótico a Duarte, el entonces Deán y prebítero, Dr. Fernando A. Meriño que subió al púlpito. Impresionaba por su gallarda figura, más bien parecía la de un patricio romano, y llenó con su voz el abovedado templo, como si fuera la de un profeta bíblico pronunciando su memorable oración apoteósica.

“Mas he aquí señores, al mártir proscrito que vuelve ya en brazos de la gloria a reposar en la tierra de su amor. El espíritu patriótico se ha inclinado sobre sus huesos áridos y los ha llamado de la extranjera hospitalaria tumba en que yacían para destinarles a recibir perenne tributos de veneración de nuestras generaciones.

Volviste, ilustre varón, volviste al cabo de ocho lustros de dolorosa ausencia con toda la honra que te merecieron tu abnegación y sacrificio y tu ferviente patriotismo. Digno eras de la apoteosis con que tu pueblo ensalza las grandes virtudes que en tí resplandecieron”, y en otras partes expresó:

“Enmudezca ahora la lengua, señores, y recójense el espíritu a meditar en las vanidades de los juicios humanos y la INFALIBLE justicia de Dios. El que ayer fue abatido es hoy ensalzado: la víctima se alza por sobre sus victimarios

dignificada con las ejecutorias de la inmortalidad''.

Y concluyó Meriño. Levantando los brazos y dirigiendo su mirada donde reposaba la urna de Duarte, exclamó con profunda emoción:

¡Oh! sepulcro amado que ha de encerrar para siempre estos preciosos restos humíllese ahora y quede postrado en tí el monstruo de la discordia civil. Salgan de tu seno voces salvadoras que inspiren la conciencia de todos los ciudadanos moviéndoles al cumplimiento del deber, sé prenda de perpetua felicidad para la República.

¡Padre de la Patria en el Señor y en ella descansa en paz!

El silencio y la emoción enmudeció los corazones de aquel enorme gentío que estuvo presente. Aquella tarde fue memorable para el patriotismo nacional.

Desde el centro de la nave catedralicia se condujo la rica urna al mismo sitio donde provisionalmente estuvo la guarda de las cenizas del mártir Sánchez. En el momento de depositar los restos, la tropa militar que estaba frente a la iglesia Mayor disparó al aire una cerrada descarga de fusilería, señal para que desde la Fortaleza se diera comienzo a una salva de cinco cañonazos. Estampidos que conmovieron los muros de la vieja capital dominicana.

Centenares de ramilletes de flores fueron colocados en la Capilla de la Altagracia, con diversas fragancias.

El aroma de flores y de incienso embalsamaron el ambiente, sin faltar el mirto, el laurel y la siemprevivas. Se colocaron las coronas ofrendadas. Estaba adornada de cintas tricolores con inscripciones expresivas. Entre ellas de la sociedad La República, de la Prensa Asociada, de la Sociedad Amigo del País, de Amiga de los Pobres de la Misericordiosa, de los fervorosos de las Mercedes, de la Fe, de la Esperanza, de El Salvador, de la Escuela de Dibujo y de la Escuela Duarte.

Pero la corona más conmovedora fue la que depositó el señor Mariano Diez, deudo de Duarte a nombre de las hermanas del prócer, que no vinieron a Santo Domingo, se habían quedado en Caracas, pero quisieron estar presentes en el homenaje a su llorado hermano. Era una corona en forma de cruz, morada y blanca, que se depositó sobre la bandera nacional, de seda y oro, que cubrían la urna del ilustre muerto.

Se calcula que asistieron a esta melancólica apoteosis más

de cinco mil personas que acudieron a la Plaza Mayor y al templo, once sociedades literarias, y religiosas y de beneficencia; veintisiete escuelas, colegios e institutos de niñas y de varones. A la vez se contó con la presencia del Presidente de la República, el Ministerio, el Clero, el Ayuntamiento y todos los demás Magistrados y funcionarios públicos.

Terminada la última ceremonia y colocados los restos en seguro y digno depósito, el público se desbordó en oleadas por todas las puertas al mismo tiempo, dirigiéndose al Palacio del Ayuntamiento para escuchar las palabras de Félix María Delmonte, prócer de la independencia que desde un balcón pronunció un emocionante discurso en torno a Duarte y haciendo un enorme esfuerzo con su voz para ser escuchado por el público que seguidamente guardó silencio y habló emocionado: "Conocí demasiado a ese adalid de la libertad dominicana. Fue uno de mis más íntimos amigos, mi condiscípulo, mi compañero de la Trinitaria, en la Sociedad Filantrópica, en el hecho de armas de la Plaza Catedral el 24 de marzo de 1843", etc.

Cayó aquel memorable atardecer y todavía en la noche quedaban en el aire flotando las palabras del prócer como ecos recordatorios, conocí demasiado a ese adalid de la libertad dominicana...mi compañero de la Trinitaria...

Más tarde una concurrencia circuló en la Plaza de Armas, y calles cercanas, atraída por la música y los fuegos artificiales.

Un acto como aquel nunca será repetido en Santo Domingo, y jamás podrá olvidarse.

SANCHEZ Y MELLA NAUFRAGOS

En el No. 16 de este Boletín se publicaron algunos datos extraídos de los archivos históricos del Lloyd de Londres acerca del viaje del bergantín inglés "Capricorn" en que naufragaron los patricios Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella. Estos datos fueron enviados por el Embajador dominicano en Londres, Sr. Alfredo A. Ricart, a solicitud del Instituto Duarte.

Continuando la publicación de noticias del mismo acontecimiento se copia más abajo la traducción de una carta fechada 20 de octubre de 1977, dirigida por el investigador irlandés Sr. Eric Lambert al Lic. Francisco Elpidio Beras, miembro del Instituto Duarte.

Drumkeen,
Carrickmines.
Co. Dublin,
Irlanda

20 de Octubre de 1977

"Estimado Dr. Elpidio:

Por fin he descubierto algo acerca del "Capricorn". Cuando estuve en Londres examiné la Lista del Lloyd correspondiente a Julio-Diciembre 1844.

Contenía las siguientes noticias:

Cork, 8 de Octubre: El "Sarah", Capitán Graham, llegó a este puerto e informa que el "Capricorn" estuvo en su compañía por varios días, después de zarpar de Santo Domingo, en la ruta de Liverpool, pero esta nave se vio obligada a recaer en Bermuda porque su tripulación se enfermó.

Falmouth, 22 de octubre. El "Apollo", Capitán James, llegó a Falmouth y reportó que había encontrado al "Capricorn" el 2 de octubre en los grados 39°N y 44°O en su ruta de Santo Domingo a Liverpool.

Los periódicos de Dublin desde el lunes 3 de noviembre a noviembre 6 contienen muchas informaciones sobre fuertes ventarrones frente a la costa Este de Irlanda el viernes y sábado 1 y 2 de noviembre.

Dichos periódicos dijeron que el "Capricorn" ancló fuera de Kingstown (hoy Dunleary) y durante la tempestad arrastró el ancla chocando con otro barco, el "Kingston", que a su vez quedó averiado. Otros barcos en el puerto quedaron también desarbolados o varados.

Cuando los mástiles del "Kingston" cayeron sobre su cubierta, la tripulación del "Capricorn" no fue vista en acción porque sus miembros habían estado enfermos y no podían moverse.

Aquella noche el "Kingston" se incendió y el "Capricorn", que estaba a su lado, quedó también averiado. Sin embargo, recibieron asistencia desde tierra.

El "Capricorn" es descrito en un reportaje como transportando una carga de madera de caoba, y en otro como teniendo a bordo un gran cargamento de ron y azúcar.

He examinado varios papeles después de obtenidos estos datos pero no hay noticias de O'Connell o de los tres jóvenes. Hemos examinado las cartas de O'Connell coincidentes con este período pero hasta ahora no hay traza de alguna referencia a ellos o al desastre. Efectivamente, en la época del incidente O'Connell vivía en su casa de Kervy, lejos de Dublin, y no regresó a esta ciudad sino algún tiempo después del desastre del "Capricorn" y otros barcos. Las noticias de prensa mencionan el salvamento de las tripulaciones y dan una lista de las vidas perdidas en las varias naves. Parece que nadie del "Capricorn" murió. No hay mención alguna de pasajeros.

Si más tarde descubriera algo se lo haré conocer.

Siendo incierto el servicio de correos en estos días, le agradecería que tuviera Ud. la bondad de dejarme saber que le llegó esta carta.

De Ud. muy sinceramente,"

(Fdo.) Eric Lambert

LA FACETA ARTISTICA DE JUAN PABLO DUARTE

*Por: Manuel Marino Miniño Marión—Landais
Miembro del Instituto Duarteano*

El fundador de nuestra nacionalidad y "el primer dominicano", como dijera Eugenio María de Hostos, fue una personalidad muy compleja por la variedad de sus múltiples facetas. Esta multiplicidad sin embargo, no alteró la unidad psicológica que como persona fue Juan Pablo Duarte.

Duarte adquirió una educación que podemos decir fue superior en relación a nuestro país en esa época. A los seis años ya sabía leer. Su inteligencia fue brillante. Probablemente si en aquella época hubiesen existido los "test" de inteligencia, él habría sido calificado entre los superdotados.

El Dr. Gutiérrez quien a la pregunta que le hiciera el Pbro. Dr. José Antonio Bonilla sobre la facilidad que tenía Duarte para comprenderlo todo, le contestó: "Duarte posee un talento natural, si hubiera nacido en Europa, a esa edad sería un sabio".

La oprobiosa circunstancia de que el dominador haitiano de manera indirecta provocara el cierre de la Universidad Pontificia Santo Tomás de Aquino, durante su ocupación, permitiendo solamente algunas escuelas donde se enseñaba lo elemental, —la única ventaja que ofrecían era que aprendían el francés—, impidió la formación universitaria del Patricio. Su formación la adquirió poco a poco tan completa, que durante su exilio en Venezuela le propusieron que presentara reválida en la Universidad de Caracas para optar al título de Abogado.

Aprendió Teneduría de Libros, (lo que hoy se conoce por Contabilidad), los idiomas: latín, inglés, francés, alemán, portugués y catalán. Con el Sócrates dominicano Dr. Juan

Vicente Moscoso, estudió humanidades y filosofía, estudios que amplió más tarde con el Padre Gaspar Hernández. Con Mr. Calié matemáticas y dibujo y con Don Antonio de Mendoza aprendió la flauta y la guitarra, siendo este último instrumento su favorito. Se sabe además que estudió Agrimensura por considerarlo necesario para sus fines políticos. En Europa en su segundo viaje consigna que en Hamburgo amplió sus conocimientos de geografía, adquiriendo libros y atlas.

En su primer viaje a Europa amplió su cultura, principalmente en los aspectos políticos, filosóficos y artísticos.

El aspecto de su temperamento así como sus conocimientos en materia artística son poco conocidos, pero se infieren fácilmente. Su buen gusto literario lo atestigua el depurado estilo de su correspondencia en la que con frecuencia encontramos hermosas figuras literarias, así mismo su obra poética aunque corta es "poesía de la angustia, fue la expresión de su dolor y del dolor de todos", tal y como lo expresa Emilio Rodríguez Demorizi en su ensayo Duarte Romántico.

Durante su primera estadía en Europa, en Barcelona, asistió mucho al teatro y conoció las principales obras de los autores románticos, algunas de las cuales la Sociedad Dramática por él fundada, representó. También es casi seguro que presencié representaciones operáticas, dada la tradición operística que desde antes del siglo XIX ha tenido Barcelona, que en el aspecto musical se podría considerar como la capital de España. Es muy probable también que en Duarte en esa época se fuera incubando la idea de la Sociedad Dramática y que por tal fin visitara los interiores, escenarios, maquinarias y equipos de los grandes teatros de Barcelona, experiencias y conocimientos que posteriormente aplicaría.

De Europa trajo muchos libros y con frecuencia encargaba a Barcelona remesas de libros para repartirlos entre sus discípulos. Estos libros podrían clasificarse en la forma siguiente: obras didácticas destinadas a sus alumnos de la Escuela de la Atarazana; libros filosóficos, políticos y literarios, y dentro de estos últimos varias colecciones de obras teatrales que él ya conocía, como, Roma Libre de Vittorio Alfieri; La Viuda de Padilla, de Martínez de la Rosa; Un día del año 23 en Cádiz, de Eugenio de Ochoa y otros muchos más.

En esa época sólo un político que tuviera un concepto tan alto de la política que le hace decir esa frase que Pedro Henríquez Ureña llama frase de sabor griego: "La Política no es una especulación: es la ciencia más pura y la más digna, después de la filosofía, de ocupar las inteligencias nobles" y que además en su yo interno fuera un verdadero artista, podía captar el poder de comunicación y de educación de masas que tiene el arte y en especial las artes teatrales o dramáticas y fundar la Sociedad Dramática para usar el teatro como medio de difundir los ideales de libertad y despertar las dormidas conciencias.

El teatro románico de la época de Duarte fue en su mayor parte escrito en verso. Duarte, quien en la Sociedad Dramática figura como Tesorero, es muy probable que también fuera el Director de la Compañía, o por lo menos uno de ellos. No tenemos noticias exactas de quein los dirigía, pero por ser Duarte el más preparado y haber presenciado buen teatro en Europa, lo más lógico es suponer que fue quien los dirigió.

Para cumplir esa misión de director tenía que tener conocimientos de la métrica y la rítmica literaria (como lo demostró en sus versos), así como del arte de la declamación para poder enseñar a los actores, los Trinitarios, el ritmo y la adecuada entonación que el verso exigía. Recordemos que el teatro romántico, es un teatro grandilocuente, exaltado, de pasiones llevadas al máximo y de largos párrafos. Este tipo de teatro exige el dominio absoluto del arte de la declamación y de las técnicas de respiración. También tenía que tener conocimientos del dibujo y por ende de las leyes de la perspectiva tuvo que aplicarlos para la realización de los decorados de manera que desde lejos se vieran reales. En suma tenía que tener conocimientos de tramoya, de los trucos y recursos del maquillaje, en fin de múltiples detalles que son precisos en el quehacer teatral. Duarte no fue actor por tener una ligera desviación en la nariz, pero actuaba como apuntador y desde la concha del apuntador también dirigía.

Las presentaciones de la Sociedad Dramática eran, viéndolas desde nuestra actual perspectiva, verdaderas veladas.

De acuerdo a volantes impresos que se conservan, anunciando funciones de la Sociedad Dramática, el programa no se limitaba a la sola representación teatral, sino que había "Sinfonía" por un conjunto musical. No Sinfonía como lo

entendemos ahora, sino como se entendía entonces, una intervención musical por la orquesta o conjunto. Además habían recitaciones, discursos y canciones. Uno de estos volantes anuncia una función a beneficio de Cecilia Baranis,⁽¹⁾ la única actriz conocida de la Compañía.

¿Trabajaron en ellas las hermanas de los trinitarios, o los papeles femeninos lo encarnaban hombres como ocurría con frecuencia en nuestro teatro vernáculo de fin y principios de siglo? No lo sabemos.

Sólo un artista, un patriota que también fuera artista y que como Duarte supo poner todos sus talentos, fortuna, amores, vida y aficciones al servicio sacrosanto de la libertad pura y simple de la República, pudo haber llevado a cabo y concebido la labor de la Sociedad Dramática, que cumplió con su cometido, despertando conciencias y preparando al pueblo para el 27 de febrero de 1844.

Creo que en América es el único ejemplo en que la actividad artística pública, sirvió para los fines libertadores de los yugos coloniales.

En orden a las demás artes, principalmente con las literarias, —poesía y prosa—, Duarte se identificó con el romanticismo, tanto por su liberalismo e ideales democráticos, como por sus efusiones sentimentales, tal y como nos lo muestra en su obra poética. No son efusiones sentimentales lacrimosas que llegan a la vulgar sensiblería; por el contrario, es una sensibilidad equilibrada, parca, reconcentrada, como si dijéramos tímida en manifestarse. Pero la temática es característica de los románticos y del romanticismo español, como se manifiesta por su preferencia por el romance, género que utilizó en varias de sus poesías; su amor por la naturaleza; la historia heroica y legendaria (su comparación de los Trinitarios con los Templarios); las confesiones dolorosas, la melancolía, los ideales sociopolíticos y patrióticos. Además debemos agregar esa especie de sometimiento al Destino, al Hado fatal, que se manifiesta por medio de coincidencias en las fechas que pueden ser benéficas o maléficas en el trágico devenir de su existencia.

Marcelino Menéndez y Pelayo, en la Historia de la Poesía Hispanoamericana decía de Duarte: "no presumía de poeta pero hizo versos alguna vez". Si los versos de Duarte no tuvieran ningún valor, Menéndez y Pelayo no los hubiera mencionado. Es posible que Duarte, si no se hubiera consagrado en forma tan absoluta a sus ideales y labor patriótica, probablemente su obra poética habría sido más extensa.

También es muy posible que en su correspondencia con Prudencia Lluberes Alvarez —La Nona—, su novia, él le escribiera versos desconocidos para nosotros; por desgracia a la muerte de La Nona, sus familiares incineraron un cofre con la correspondencia de Duarte a su novia, por haber sido escritas por un "tísico"; Dios los perdone.

Asimismo es muy posible que durante su permanencia en los llanos de Apure, como buen romántico, ante la inmensidad de esa tierra que se pierde en el horizonte, escribiera sobre ella y su profunda soledad.

En los Apuntes de Rosa Duarte, en los sucesos correspondientes al año de 1845 y en fecha 3 de marzo, se lee en uno de sus párrafos estas palabras de Duarte: "El 6 de abril abracé en la Guaira a mi afligida madre y hermanos. Desde entonces me dediqué a viajar; 12 años estuvo en el interior de Venezuela reconociendo la parte oriental y occidental. Al fin me avviciné en el Apure, en donde contraí amistad con el párroco Sangení; con él aprendí portugués y empecé a estudiar Historia Sagrada. Las relaciones de mis viajes, las costumbres de los pueblos que visité, corrieron la misma suerte que mis trabajos sobre la Historia de mi Patria, con la diferencia que éstos fueron destruidos por las llamas, aquellos por el fuego de la ambición que oculta con el manto de la libertad destruye cuanto encuentra a su paso".

Estas palabras son de puro corte romántico, ya que en ellas nos muestran el interés de Duarte por "las costumbres de los pueblos", que de haberse conservado esos escritos, colocarían a Duarte como el primer Antropólogo y Etnólogo dominicano y como uno de los pioneros de estas ciencias en América. De igual corte romántico son las palabras en las que se refiere a la pérdida y destrucción de esos apuntes y de la "Historia de mi Patria".

Los pocos versos que se conservan de Duarte, no llegan a igualar a los de muchos de sus contemporáneos románticos en cuanto a la extensión y cantidad, pero el patriotismo que las motiva, le imparte un aliento y una calidez que nada tiene que envidiar a otros poetas románticos. Y tal y como expresa Rodríguez Demorizi:

“Toda la poesía de Duarte en fin, como toda su prosa es de la más pura esencia romántica. Fue un romántico del pensamiento y la acción”.

Si a Manuel María Valencia se le atribuyen las primeras notas poéticas románticas, no más allá del marco literario, a Duarte es menester reconocerle como precursor de nuestra poesía civil; como el verdadero introductor en su tierra nativa; darle a la juventud de su tiempo un ideal de cultura y libertad, fundar la Trinitaria y crear la República, fue una auténtica actividad romántica”.

Duarte conocía el arte y la técnica de la Métrica, como lo demuestran la pulcritud estilística y el dominio del ritmo que se advierten en sus versos, escritos tantos en versos de Arte Menor, como de Arte Mayor.

Por ejemplo el Romance, que se inicia:

Era una noche sombría

sigue los cánones del género, como composición métrica que consta de un número indeterminado de versos parisílabos por lo general, con rima imperfecta, que es el tipo de romance más frecuente desde los orígenes de nuestro idioma.

En “La Cartera del Proscrito”, usa versos de ocho sílabas, utilizando la redondilla, imprimiéndole un ritmo de una languidez que le comunica gran musicalidad, propia para un “Lied” o una Criolla dominicana.

La obra “Sin Título” que se inicia:

Más el pobre marinero”

es una poesía de evocaciones nocturnales que nos recuedan al Becquer de las leyendas y nos rememora la tristeza del eterno desterrado, El Holandés Errante. Musicalmente evoca una triste melodía en modo menor.

Otra obra “Sin Título” y que se inicia:

Y tú mientras tanto
sabrás ocultar,

tiene el mismo tono que el anterior, pero en ella se manifiesta una profunda rebeldía contra ese destino implacable que convirtió más de la mitad de su vida en un eterno Vía Crucis.

En otro orden de ideas y sentimientos, "Sin Título" también, es la que se inicia:

"Soy Templario, respetar, si, debes".

Es una obra noble, en la que se apela al honor y el patriotismo que deben tener aquellos que se consagran al bien de la humanidad y de su patria en los ideales de Libertad.

En esta obra Duarte, quizá por humildad, probablemente aluda en realidad a la Sociedad la Trinitaria, utilizando el símil con la Orden de Los Templarios, porque muy bien pudo escribir,

"Soy Trinitario, respetar, si, debes"

compárense los dos versos y se escuchará la misma eufonía y el mismo ritmo. Los ideales de uno y otro son idénticos; el mismo espíritu los anima y los mueve. Antífona es una verdadera oración que se ofrece a Dios en función del ideal patrio. Siguiendo la misma tónica del patriotismo en esta otra "Sin Título" y que se inicia con estos versos:

"Pensé cantar mi desventura impía"

Esta obra en la que Duarte evoca la amistad con Jacinto de La Concha, que siempre lo identificó con los Templarios por su condición de Trinitario, así como al novio de su hermana Rosa, Tomás de La Concha, a quien Duarte quería como un hermano, es un poema concentrado, tenso, trágico, rebelde y patriótico, nos muestra a Duarte con la fe y confianza que tenía en esos dos amigos entrañables, ante la tragedia de la patria y de ellos mismos.

Por último Tristeza de la Noche, en la que repite por cuatro veces al inicio de las cuatro primeras cuartetas, el verso:

"Triste es la noche, muy triste",

le imprime un musical ritmo, que repite en cada una de las estrofas, haciendo de esta poesía un canto que espera, que su musicalidad idiomática sea convertida en música.

En cuanto a la prosa se refiere, Duarte en su correspondencia se nos muestra como un escritor elegante, con absolu-

to dominio del idioma y de la retórica sin caer jamás en la demagogia.

Muchas de sus cartas son joyas literarias, como la escrita desde Guayubín el 28 de marzo de 1864 al Gobierno Provisional Restaurador en Santiago.

De la misma citamos lo siguiente:

“Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República han concluido por vender al extranjero la Patria, cuya independencia jurara defender a todo trance; he arrastrado durante veinte años la vida nómada del proscrito, sin que la Providencia tuviese a bien realizar la esperanza que siempre se albergó en mi alma, de volver un día al seno de mis conciudadanos y consagrar a la defensa de sus derechos políticos cuanto aún me restase de fuerza y vida. Pero sonó la hora de la gran traición en que el Iscariote creyó consumada su obra, y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria:

En estos dos párrafos, concisos, elegantes y muy románticos, con mano maestra Duarte narra su historia y la de la República y declara su firme propósito de servirla “cuanto aún me restase de fuerza y vida”.

En carta dirigida desde Caracas el 2 de mayo de 1865 a Félix María Delmonte, en Puerto Rico, Duarte se nos muestra, tal y como señalé más adelante, sujeto al Destino, al Hado, que tejen los hilos de las circunstancias, originando las coincidencias en las fechas. De la misma citamos:

“Todo es *providencial*, dices; hay palabras que por las ideas que revelan llaman nuestra atención y atraen nuestras simpatías hacia los seres que las pronuncian; tú eres providencialista, si no me equivoco, y en esta inteligencia voy a explicarme: a la verdad, sentiría que no lo fueses, porque te amo, y los providencialistas son los que salvarán la Patria del infierno a que la tienen condenada los ateos, cosmopolitas, orcopolitas (allá va esa expresión aventurada queriendo significar ciudadanos del infierno). Vamos a la correlación de las fechas. Un 16 de Julio empezó a contarse la Egira

por los enemigos de la Cruz; en 16 de Julio fue batido en Lepanto, el hijo de la Media Luna; un 16 de Julio (el de 1838) fue descubierta, ahí en donde estáis, la conspiración que habiendo estallado el 25 (como debía estallar) habría salvado al joven Sterling de la injusta y violenta muerte a que le condenara el feroz López Baños; y quien le hubiera dicho a nuestro malhadado compatriota que en ese mismo día (16 de Julio) del mismo año, quizá en la misma hora, se inauguraba en su patria la revolución que bajo el lema sacrosanto de *Dios, Patria y Libertad, República Dominicana*, había de dar al traste con la administración de Boyer, derrocar a Riviere y más tarde vengarle a él mismo de sus inicuos verdugos. Todo es providencial y el crimen no prescribe ni queda jamás impune.⁽³⁾

Un 12 de Julio, el del 43, entró Riviere a Santo Domingo y los buenos patricios fueron encarcelados o perseguidos hasta el destierro por haber querido salvar a su Patria, y el 12 de Julio del año entrante entró el orcopolita Satanán y los patriotas fueron o encarcelados o lanzados a un destierro perpetuo por haber logrado salvar la patria y no haber querido venderla al extranjero; un 27 de febrero un hijo fiel salva a su madre a despecho del hijo ingrato, y el 27 de febrero del año siguiente el infame parricida arrastra al patíbulo a la virtud, a la inocencia misma como si hubiese querido castigar en el dominicano el arrojado de haberse proclamado independiente; un 19 de marzo triunfo de la Cruz y los *iscariotes* (malos dominicanos) escribas y fariseos proclaman triunfador a Santana, y el 19 de marzo del año siguiente Satanás y los *iscariotes* arrojaron del suelo natal a una familia honrada y virtuosa sólo por contarse en ella hijos dignos de la Patria, crimen imperdonable por el *iscariote*; finalmente esta familia infeliz llega a la Guaira, el 25 de marzo de 1845, lugar de su destierro, y el 25 de marzo de 1864 salta en tierra en Montecristi el General Duarte sin odio y sin venganza en el corazón...¿Qué más se quiere del patriota? Se quiere que muera lejos de su Patria, él que no pensó sino en rescatarla;

Estos admirables párrafos, que nos muestran la creencia que tenía Duarte en un destino fatal que dirigía su vida, es una pieza de antología, que también nos muestra la grandeza de alma del Patricio, cuando escribe que vuelve "sin odio y sin venganza en el corazón". Es una carta en la que ninguna palabra está de más. En la que se manifiesta el apasionado patriotismo de Duarte, que le hace vibrar su vena artística y en donde se nos muestra en su doble condición de artista y de patriota.

Duarte fue también ejecutante de la flauta y la guitarra. Estamos seguros, de que muchas de sus poesías él quizá las cantó acompañado de su guitarra. Es muy probable que durante su prolongado y doloroso exilio, la guitarra y la flauta le ayudaran a soportar sus angustiosas soledades, añorando su Patria desgarrada por las divisiones internas, sometida a la tiranía de Santana y el oprobio de la Anexión a España. Seguramente, también, añorando a Prudencia, —La Nona—, su novia, quien él sabía le esperaba fiel hasta la muerte.

Dado su sentido ético y del honor, nos lo imaginamos obligado a una castidad forzosa, por su autoimpuesto celibato, sublimando ese amor físico, en místico y religioso amor a la Patria; amor de su religiosidad tan grande que cuando en el Apure, el Padre Sangení, intuyendo su religiosidad y condiciones místicas le propone ordenarse sacerdote, Duarte no acepta, porque mientras los asuntos de su Patria no se resolvieran, le impedían otro sacerdocio que no fuera el de la Patria.

Por lo general los místicos son artistas y viceversa; recordemos a Kempis, Taulero, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, sólo por mencionar algunos. El misticismo tiene gradaciones; desde el místico que lo es por su sola religiosidad, que podríamos llamar místico de primer grado, como fue el caso de Duarte, y místico de segundo grado que es aquel que alcanza el éxtasis.

Se decía en Grecia que los poetas estaban bajo la influencia de Apolo o Dionisos, según el estilo y modo en que escribieran, y que ellos eran los verdaderos portadores de la verdad, aunque expresada simbólicamente. Los versos de Duarte, más bajo la influencia de Apolo que de Dionisos, cumplen con esa afirmación. Todavía hoy tienen absoluta vigencia, y nos dicen la verdad en forma más directa que todos los histo-

riadores.

Juan Pablo Duarte fue un místico en primer grado, que se identificó con Dios mediante su identificación con la Patria.

Y fue un artista en la misma medida que se identificó con lo bello a través de la Patria.

La verdadera medida de su obra quizá nunca la conozcamos, pues ella se ha perdido para y en lo humano, pero como existe una teoría que dice que todos los sonidos emitidos siguen vibrando en el espacio, quizá sus versos, ya astrales han inspirado a otros poetas de nuestra patria.

Es poco lo que de él se conserva, pero ese poco es tan noble y de tan profundo contenido emocional y estético, que justifica que con su obra se inicie el estudio de nuestra literatura como país independiente.

BIBLIOGRAFIA:

Emilio Rodríguez Demorizi:	Juan Isidro Pérez, El Ilustre Loco
" "	En torno a Duarte
" "	Duarte Romántico
Rosa Duarte:	Apuntes, Archivo y versos de Juan Pablo Duarte.
Pedro Troncoso Sánchez:	Vida de Juan Pablo Duarte
José María Serra:	Apuntes para la Historia de los Trinitarios
Alcides García Lluberes:	Duarte y Las Bellas Letras
Pedro R. Vázquez:	Duarte Apóstol y Libertador
Enrique Patín Veloz:	Biografía Masónica de Duarte
Juan Rey S. J.:	Preceptiva Literaria
Luis Alonzo Schökel S.J.:	La Formación del Estilo.

LA SONATA TRISTISIMA A JUAN PABLO DUARTE

Por Ramón Francisco

I LA TRINITARIA

Ding! Dong!
Ding! Dong!
Ding! Dong!
Tres las células son!

Ding! Dong!
Ding! Dong!
Ding! Dong!
Tres son las sigilosas
tres penetran la plaza
donde la procesión
afuera su canción
con sus campanas
Ding! Dong!
Ding! Dong!
Ding! Dong!

Tres sigilosas células
se introducen de pronto
tras de su fundador:
Su patria es una idea
y su idea una patria
que en su sangre levantan.

Ding! Dong!
Y en su sangre su firma:
Por mi Dios, por mi patria
y por mi libertad!
Tres las células siguen
tras de la procesión.

Suena esta procesión
en tanto
afuera sus campanas
con su canción
Ding! Dong!

Ding! Dong!

que fue una idea.
Ding! Dong!
que fue una patria
filorio de esperanza
que tocara Ding Dong
tras de su procesión.

¡Firmada ya la sangre
por tus venas, Maestro,
empuja el polvoriento
corazón invasor
en tu noche distinta!

Aunque ya
tú no estabas!

Del sueño de esa noche
emergió la palabra:
Por mi honor, por mi vida
y por mi identidad!
La jura trinitaria!
La patria trinitaria!
La iluminada frente
del maestro se oía:
¡O se hunde la isla
o de la noche, al fin,
saldrá la libertad!

Tres las células son,
tres sigilosas pronto
dejan la procesión,
dejan atrás la plaza
y levantan gozosas
la idea de una patria.

Oh, trinitaria! Oh, tú!
Oh, maestro!
Oh, libertad!
Ding! Dong!
que por siempre soñabas!

Dong! Ding!
Dong!
Ding! Dong!

II QUEJICAS

Mas, tu queja que brote
Velador de la historia
si el trino fue una patria.
¿Y el pueblo que arrojado
en los brazos del fuego
apareció de luto
quemante en sus aceras?

Pueblo mío que trepaste
de las alas del viento
a un arrozal de llanto
di en qué le ofendiste!

Pueblo mío mi pueblo
Pueblo mío abrumado,
pueblo mío que caiste
di en qué le ofendiste.

Pueblo mío levanta
tu cabeza doliente
si yo a tí te di miel
no se que tú le diste.

Pueblo mío recoge
tu agua que retorna
al agua por do vino,
tu sol que vuelve al sol
y tu acero al acero.

Pueblo mío, mi pueblo
di en qué le ofendiste.

Di, pueblo Velador,
y que abra el corazón
la endurecida piedra
y en la vela del agua
que no regresa nunca
tu sol que encuentre al sol,
tu lágrima a la lágrima
y tu pueblo a su pueblo.

Di, pueblo Velador,
cómo se echó la luz
en tu anciano camino
Di en qué le ofendiste. Di.
Di en qué le ofendí.
Di.

III LA LEONOR

A la vera del viento
la nave tras se va,
a la vela del viento
va la Leonor,
su honor lavado ya.
Va tras de aquel
reo del honor que fue
su Fundador.

A la vera del viento
su trino trinitario,
trinitario y filorio,
filántropo y dramático
se enrumba ya
mientras vela en la isla
el Velador
y en la Misericordia
tras la noche aturdida
del tiro nace Dios
y Libertad.
Después, Separación,

mientras vela en la Isla
el Velador,
reo del honor que fue
su Fundador!

A la vera del viento
su honor lavado ya
va la Leonor
en procura de aquel,
su Fundador!

A la vera del tiempo
con patria al fin
("Ayer nací español
y en la tarde francés")
y al fin va la Leonor
(y va español)
Dios y Separación
(y fui francés)
va tras de aquel que fue
(y fui español)
Dios y Separación
(que va francés)
filorio fundador!
(que va español)
Dios y separación!
(que Etiope fue)
¡Libertaddiosypatria
y libertad!

IV LOS DESTIERROS

Camino de las islas derramadas
va la vela
sobre el mar y sus lenguas de fuego
se embarca el Velador en la su vela.

("Se les miró descender
a la ribera callada").

Y húmedos los campos todavía
proclaman las estrellas
al indomable héroe que regresa
al galope tendido en la su estrella.

("Se les oyó despedirse
y de su voz apagada").

Camino de las islas derramadas
la vela trinitaria
marcha detrás de los que no juraron
sobre el pecho la jura trinitaria.

("Yo recogí los acentos
que por el aire vagaban").

Húmeda la sangre todavía
se eleva al sol
y húmedo el machete todavía
cercena el cuello del su sol.

("Ocho los míseros eran
que mano aviesa lanzaba").

Qué caminos no abriste caminante
sin empolvar tu pie
qué herencia les dejaste caminante:
que si van a la gloria, van a pie.

("Ellos que al nombre de Dios,
Patria y Libertad se alzarán").

Que teñida de sur tu vela va
contando la traición
que teñida de agua la fundaste
sobre la espada de la gran traición.

("Lanzados fueron del suelo
por cuya dicha lucharón").

Si entonces no lloraste y si lloraste
porque ella no se hundió
sobre tu penitencia me pregunto
por qué ella no se hundió.

("Noche de mengua y quebranto
para la Patria adorada").

(Se te miró descender
hasta la patria enterrada
cuando naciendo la patria
la traición la reclamaba).

V EL ERRANTE DE APURE

Entre los saltos,
entre las cataratas,
entre las amazonias
de San Fernando del Apure,
doce años errante
y veinte años bajando
al borde de la fiera
y dura geografía,
proscrito ya
y sin geografía
recuerda la tristísima,
la patria inmemorable
que en su pecado cruje.

(Las calzadas de Sión ya tiene luto
sus puertas todas parecen asoladas).

Recuerda que detrás
quedó el amor
y quedó el desamor,
y la patria que fue
y aquella que también
pudo haber sido
y los días de la paz
que pasaron dramáticos
y los de la amistad
que pasaron filántropos.

(Miradme en mi aflicción
de pronto mi enemigo
ha engrandecido).

Selva arriba y abajo,
entre las cataratas,
entre las amazonias
orinocas
la patria memorable
se avecinda
de Río Negro
al Apure.

Quedó atrás la geografía
que en un tiempo amara
atrás quedó el anillo
que su amor prometiera,
y atrás quedó la voz
y también su protesta:

(Por esta causa lloro
mis ojos, mis ojos fluyen aguas).

Yo te temblé en mis labios.
Yo fui tu pensamiento dolorido.
Yo te seguí por mi memoria.
Yo te esperé en la esperanza
de que nunca volviste.
Atrás quedó mi amor
que tú nunca volviste.

Entre los saltos
y
entre las cataratas,
entre las selvas
y
entre las amazonias,
río arriba y abajo,
doce años errante,
doce años errante
y ya sin geografía
el errante apuró
en la copa del tiempo
de la traición sin tiempo.
¡Palúdico maestro
que en la vieja parroquia
amamantaste aún
la idea
de la idea
de la que fuera patria!

¿De dónde tu pecaste,
de dónde fue el amor
que prometiste
y que jamás cumpliste?

Yo te esperé aviudada,
fui tu viuda mujer
aún en la espera.
Yo te esperé
avecindada
en la sola esperanza
de que tú volvieras.
Vuelta que no volviste
y, sin embargo,
vuelta que hiciste
de Río Negro al Apure
mientras yo te esperaba.

(Muchos son mis suspiros.
Mi corazón
está adolorido).

(¿Es esta la ciudad
que decían
de perfecta hermosura?)

(Invoqué tu nombre, oh, Jehová
desde la cárcel profunda).

¡Oh viejo, palúdico maestro!
¡De bruces en la selva
la palúdica patria
tras de su nombre erraba.
En tanto la otra patria
inmemorable
su pecado pagaba
vendida en la subasta
como loca cualquiera!

(Cómo el oro ha ennegrecido
Cómo el buen oro
ha perdido su brillo)!

¡Palúdico maestro!
¡De dónde tú pecaste!
¿No fue el amor bastante?
¿No dejaste familia
que tú nunca tuviste?
¿No te rieron amigos
que tú nunca perdiste?

En la patria irredenta
yo fui tu pensamiento dolorido.
Yo te seguí por mi memoria.
De donde tú pecaste
yo te pequé también,
de cuando fue el amor
que prometiste
yo mi amor prometí.
Fui tu mujer
avecindada
en la cruel esperanza,
pero nunca volviste.

(Yo soy el hombre
que ha visto la aflicción
bajo el látigo
duro de su enojo).

Entre las selvas
de Río Negro al Apure
doce años errante,
palúdico maestro,
fuiste la patria
a avecindar.
Y mientras la otra patria
se entregaba
a la nomadremadre,
en Capotillo
el grito herraba
el potro de la muerte.
¡Y yo que, en tanto,
te esperaba
para que tú volverías,
para que ella no fuera
ni siquiera tu patria!
y yo que, en tanto,
te esperé
hasta la vuelta
¡cuando ella fue tu patria,
sólo tiempo después
de que la muerte
te purificara!

(Los jóvenes dejaron sus canciones
y nosotros llevamos su castigo.
Por esto nuestro corazón
ha entristecido).

¡Por esto fuimos, Dios, sí,
por esto fuimos,
su pueblada triste!

VI PERO ANUNCIO SU VUELTA

Pero ya vuelve y de su geografía
queda sólo la ruptura potente
desde donde su llorada agonía
estrella la corteza renaciente

de la patria que amó su grave seno
o su atada cabeza tormentosa.
Tras su perfil historiado, sereno,
redivivo en su asalto, en su furiosa,

loca embestida contra el rudo muro
tras la tenaz señal de la alegría,
ya vuelve, ya, y de su grito puro

colgando solo en la frialdad del día
nos queda su trepar, su canto mudo
que su patria jamás alcanzaría.

VII MIENTRAS GLOSA LA MUERTE

Entre el Pájaro y Zamuro
lejos de la patria ardiente,
la Vela del Velador
fue a apagarse para siempre.

Aquel que hiciera caminos,
Aquel de corazón puro
fue a morir a su esperanza
entre el Pájaro y Zamuro.

Sin nada de lo que amara
y proscrito penitente
el Fundador se arrastró
lejos de la patria ardiente.

Caballos no lo tiraron

ni campanas derredor
sonaron cuando enterraron
la Vela del Velador.

Así en la Tierra de Jugo
una mañana y silente
la patria del Velador
fue a apagarse para siempre.

LA POLITICA ES PARA LAS INTELIGENCIAS NOBLES

(Discurso del Presidente del Instituto Duarteño, Lic. Pedro Troncoso Sánchez, en la inauguración de un monumento a Juan Pablo Duarte en San Juan de la Maguana el 27 de febrero de 1982).

El 27 de febrero de 1844 ha sido considerado siempre como la fecha cumbre de la historia dominicana.

Antes y después hubo grandes acontecimientos pero ninguno ha tenido tan profunda trascendencia, por haber sido el día en que el pueblo dominicano rectificó radicalmente en sentido positivo el rumbo de su vida cuando más imposible parecía convertirse en nación soberana. Fue el día reservado por la Historia a Sánchez y a Mella para que se cubrieran de gloria. Mi emoción crece al estar hoy en el ara del holocausto de uno de ellos, el héroe epónimo de la Puerta del Conde, el admirable Francisco del Rosario Sánchez.

Al haber una directa relación de causa a efecto entre Juan Pablo Duarte y esta fecha cumbre, el patricio que hoy reverenciamos inaugurando este hermoso monumento es y será siempre la figura más señera en los anales de la nación.

En 1808 se comenzó a pensar en independencia. España estaba casi totalmente ocupada por los franceses; en todo el orbe hispano-americano se ensayaban contagiosos gestos de emancipación; nuestro país era contra su voluntad una colonia francesa pero el vecino Haití independiente había consagrado en su constitución la indivisibilidad de la isla y estaba

decidido a terminar de expulsar de ella el dominio de los esclavistas europeos. A estas circunstancias se agregaba el hecho de que un ejército inglés había desembarcado en Santo Domingo y los criollos se preguntaban si al terminar la guerra de la Reconquista esa fuerza británica se iba o se quedaba.

Había pues grandes razones para que el inerme pueblo dominicano pensara que la independencia no era la mejor solución al problema del destino político del país. No estaba preparado para oponerse al designio haitiano ni deseaba que Inglaterra se quedara como dueña y señora de nuestra tierra. Por eso y no obstante la grave situación en que estaba España, la decisión dominicana formalmente tomada en la famosa Junta de Bondillo, que puede decirse constituyó nuestro primer Congreso Nacional, fue la de solicitar a la Madre Patria, representada por la Junta de Sevilla y con el apoyo de las Capitanías Generales de Cuba y Puerto Rico, la reincorporación de Santo Domingo al imperio colonial español. Recibiendo el amparo de la nación progenitora era como más segura y complacida se sentiría nuestra comunidad, tan amenazada desde fuera y severamente golpeada en su economía y en su demografía a raíz del Tratado de Basilea.

Desde aquella época hasta 1838, año de fundación de la sociedad revolucionaria La Trinitaria a iniciativa de Juan Pablo Duarte, la idea de la independencia no logró ser un propósito militante con jerarquía histórica. En estos treinta años, al período de la España Boba sucedió la ocupación haitiana y todavía en la época de la juventud de Duarte, cuando regresó de su viaje de estudio a Europa hacia 1832, la independencia era una idea loca que rechazaba el sentido común de la generalidad. El gran mérito inicial de Duarte, el que le ha merecido el primer puesto en el Altar de la Patria, es el hecho decisivo de haber logrado inculcar su irreductible fe independentista, en el curso de años de perseverante e inteligente esfuerzo, a un grupo de jóvenes que naturalmente habían crecido en el ambiente de excepticismo y resignación en que estaban sumidos sus padres.

Este pequeño grupo de jóvenes nacionalistas decididos a luchar por la independencia, fue la simiente que hizo posible la germinación y fructificación del credo duartiano en todo el país en un momento en que el destino de éste parecía ser, irremisiblemente, el seguir existiendo por siempre como una

parte de la nación haitiana.

Por esta razón he sostenido siempre que el establecimiento de la patriótica sociedad el 16 de Julio de 1838 no fue un inicio sino un momento culminante en el curso de la labor de Duarte y de la lucha libertadora hasta su triunfo definitivo.

No debe sorprender a nadie el largo tiempo que tomaron los Trinitarios para que madurara la trama libertadora. Era necesario superar dos ingentes obstáculos: el primero, el pesimismo de los dominicanos. El segundo, la solidez del régimen del Presidente vitalicio haitiano Jean Pierre Boyer, quien después de lograr la unificación del desmembrado Haití mantuvo una maquinaria de fuerza que los escasos recursos dominicanos no podían desafiar.

El primer obstáculo fue un problema resuelto a finales de 1842 cuando gracias al intenso trabajo de los Trinitarios el país quedó cubierto por una red conspirativa compuesta por hombres influyentes que prestaron el juramento duartiano. El segundo obstáculo fue vencido cuando por fin en los primeros tres meses de 1843 triunfó la revolución de la Reforma en Haití, en la cual fue factor importante el concurso de los Trinitarios, dando lugar a una etapa crítica favorable al propósito dominicano.

En enero de 1844 el movimiento pro—independencia era ya una corriente impetuosa e indetenible a la cual tuvo que sumarse el sector conservador que buscaba otra salida al problema del país. En febrero, cuando Duarte desde su obligado exilio en Curazao pidió en carta memorable a su familia entregar su patrimonio a la causa de la patria, la combinación para dar el golpe estaba concluida en todos sus detalles. Era un plan audaz, bien urdido pero que comportaba riesgos enormes. Su ejecución requirió mucha osadía y valor en sus autores la noche del 27 de febrero y se llevó a cabo con el mínimo de contrariedades.

Cuando los vecinos de Santo Domingo se percataron de que la bandera de una nueva república ondeaba en la Puerta del Conde mientras capitulaban las autoridades haitianas, creían que soñaban. Nunca tan intensa fue la alegría de un pueblo como la de aquel día. A este primer triunfo siguieron sin tropiezo los pronunciamientos previamente concertados en las demás ciudades y pueblos. Desde entonces existe la nación soberana que hasta aquella noche parecía una quimera. La fuerza de la fe inculcada por Duarte enderezó los

hechos por el mejor camino y creó el futuro que antes no se vislumbraba.

Como la biografía del egregio patricio es una mina de la que pueden extraerse enseñanzas y ejemplos orientadores en los diversos trances de la vida colectiva, procede recordar en la presente ocasión pre-electoral los ejemplos que dejó Duarte en relación con comicios, con la esperanza de que este recuerdo sea saludable.

Su primera experiencia electoral directa tuvo lugar en Bayaguana. En abril de 1843, después del triunfo de la revolución de la Reforma él había sido enviado por la Junta Popular de Santo Domingo a la región oriental. Su misión era organizar votaciones para formar Juntas Populares en los pueblos. Lo hizo en Bayaguana, Los Llanos y El Seybo. Quizás también en Higüey. La única acta de elección que ha llegado hasta nosotros es la de Bayaguana. Redactada por el propio Duarte, su texto revela que allí se desarrolló un pulcro procedimiento eleccionario típicamente democrático que aseguraba el fiel resultado de la votación y hacía imposible el fraude. Está publicada en el Volumen I del Instituto Duartiano y es un documento que bien pudiera ponerse de actualidad en tiempos de elecciones como es el presente año.

La segunda oportunidad se la ofreció el 15 de Junio de 1843 la elección de los miembros de los Colegios Electorales destinados a elegir los diputados de la Parte del Este en la Asamblea que en Puerto Príncipe debía reformar la constitución haitiana conforme a los principios de la revolución. El comicio se efectuó en la hoy Plaza Duarte de Santo Domingo. Cuando Duarte se percató de que los sustentadores de la candidatura oficial se valían de la coacción y el engaño para ganar las elecciones, montó a caballo y desplegó una campaña en toda la ciudad con la colaboración de otros patriotas que provocó la mayor concurrencia de votantes duartistas y determinó el triunfo de la candidatura propugnada por el oculto movimiento separatista.

La tercera experiencia de Duarte relacionada con comicios, en Julio de 1844, fue más bien el conflicto planteado a su conciencia civilista y democrática por la aclamación de que había sido objeto por el pueblo y el ejército del norte para ponerlo en la Presidencia de la República.

El patricio no podía aceptar el mando que tan irregularmente

se le ofrecía. Su gran ilusión era que se organizaran comicios fomales en todo el país para elegir al presidente llamado a sustituir a la Junta Central Gubernativa. Como correspondía a un prócer de su estatura moral, Duarte optó a la postre por aceptar el sacrificio de su persona antes que ocupar una primera magistratura ilegítima según la había caracterizado él mismo en la hoja quinta de su anteproyecto de Constitución, que ya tenía escrito y cuyo original conserva el Instituto Duarteano. No podía ser otra la actitud de quien había dicho que la política era 'la ciencia más pura y la más digna, después de la Filosofía, de ocupar las inteligencias nobles'.

Ojalá sea este rasgo de Duarte el modelo inspirador de cuantos dominicanos aspiran ponerse al servicio de la República en una posición de gobierno.

El Instituto Duarteano, representado en este acto por una Comisión compuesta por los Dres. Arístides Estrada Torres, Pedro R. Vásquez y Juan Daniel Balcácer así como por Olga L. P. de Troncoso y quien les habla, desea expresar sus felicitaciones al Centro Duarteano de San Juan de la Maguana; a la Junta de Ornato y Embellecimiento de esta ciudad, al talentoso escultor Ant. Prats Ventós y a cuantos contribuyeron a la erección de este bello monumento al Fundador de la República, demostrativo de una patriótica devoción duartiana digna de imitarse en las demás localidades del país.

Profundamente complacido por la invitación que le hizo para participar en esta hermosa ceremonia el ejemplar Presidente del Centro Duarteano, Dr. Lorenzo Piña Puello, y su Secretario, Sr. Francisco Valenzuela, el Instituto Duarteano desea invocar por último los manes gloriosos de los febreristas, encabezados por los inmortales Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella, para elevar su pensamiento desde esta histórica y progresista ciudad hasta la figura cumbre de la historia dominicana, cuya palabra avalada con ejemplos heroicos debe ser siempre inspiración en el esfuerzo de los dominicanos por un futuro mejor.

LA GLORIA DE SANCHEZ

Una excepción en la dinámica de la Historia.

Cuando se piensa en la hazaña máxima del 27 de Febrero de 1844 y en sus antecedentes inmediatos, el encuadramiento de los hechos se concentra necesariamente en torno a la persona de Francisco del Rosario Sánchez. El grito de independencia es una de las dos grandes efemérides nacionales que mayormente representan la gloria del patricio. La otra es la expedición libertadora de 1861.

El inicio de lo que hemos llamado los antecedentes inmediatos hay que fijarlo en Julio de 1843, es decir, en el momento en que la presencia y las medidas represivas del nuevo amo de Haití, Charles Hérard ainé, y de su ejército, en el territorio de la llamada Partie de l'Est, antigua colonia española de Santo Domingo, dieron al traste con los trabajos conspirativos que se venían realizando para la independencia, bajo la suprema dirección de Juan Pablo Duarte, y anularon la acción de todos los patriotas.

El 2 de Agosto se produjo la ausencia de Duarte al extranjero para escapar a la persecución, y quedó Sánchez, escondido y enfermo, en la ciudad de Santo Domingo.

Las dotes personales de Sánchez y el vigor con que sustentó su ideal de libertad fueron de tal manera extraordina-

rios, que lo convirtieron bien pronto en el sucesor del jefe del movimiento, al reiniciar los trabajos de la trama interrumpida, desmintiendo con ello la segura creencia de los haitianos de que toda amenaza de separación había terminado.

Cuando se puso en evidencia en Junio de 1843 la fuerza política que constituía ya en el país el movimiento juvenil pro-independencia encabezado por los Trinitarios, al ganar éstos las elecciones del día 15 para designar diputados a la Asamblea Constituyente de Port-au-Prince que supuestamente debía consagrar los principios proclamados por los autores de la revolución de la Reforma, cundió la alarma del lado haitiano y al general Hérard, árbitro de la situación, le aconsejaron venir prontamente a esta parte con su ejército y desbaratar el movimiento.

"August Brouat y el general Desgrottes —dice J. G. García, Compendio, tomo II, Pág. 206— suponían, en vista de la seguridad que les daban sus parciales, que con la sola presencia del ejército haitiano, encabezado por Charles Hérard ainé, bastaba para que se desvanecieran como el humo todas las combinaciones separatistas" —según carta de ellos al general Hérard— y recomendaron "poner en ejecución, como medio de halagar al pueblo, el decreto del 12 de Abril, que declaraba libres las relaciones comerciales entre Haití, Jamaica y las otras posesiones del archipiélago, y el del 24 del mismo mes", que reducía y suprimía impuestos.

Para hacer fracasar un movimiento de opinión, una trama revolucionaria o un propósito político cualquiera, no se ha inventado medio mejor que hacer desaparecer la cabeza visible, el hombre en quien encarna y se compendia el movimiento, el agente motor que le comunica cohesión y fuerza operativa. Cuando al líder o al caudillo se le

mata o se le destierra, el aparato que él dirige se desintegra, y muy a duras penas puede rehacerse pasado mucho tiempo.

Esto pareció a todos, tanto en el Oriente como en Occidente de la isla, haber ocurrido en julio de 1843 al irse Duarte al extranjero.

Sin embargo, la experiencia arriba enunciada, que es regla general confirmada por la historia, tuvo una gloriosa excepción en Santo Domingo en aquel año de 1843.

Es innegable que Duarte ejerció el liderazgo político nacional en el seno de la sociedad dominicana durante la ocupación haitiana, no solamente desde la fundación de La Trinitaria, en 1838, sino desde cuando regresó de Europa en 1833, y que es el autor de que el difuso e impotente anhelo de los dominicanos de verse libres de los haitianos se convirtiera en organizada fuerza social. Su presidencia de la Trinitaria fue la consecuencia del prestigio que ya tenía y de ella salió y cobró vida y substancia el proyecto de República Dominicana. Este liderazgo resalta en todos los hechos, especialmente en los de la etapa activa que comenzó con la preparación y triunfo del movimiento de la Reforma en la parte española de la isla. Fue Duarte quien tuvo que enfrentarse a la grave oposición de los dominicanos conservadores, que deseaban la protección de una gran potencia; fue él quien dirigió la lucha para superar las divisiones en mayo de 1843 y unificar las opiniones y esfuerzos en el sentido de la independencia pura. Fue él quien promovió y presidió la reunión en casa de José Diez en julio siguiente para precipitar los acontecimientos en vista de la marcha del general Hérard sobre Santo Domingo.

Mientras más resalta en la historia el liderazgo directo de Duarte antes de su obligada huída al extranjero en julio de 1843; mientras más se pone en evidencia su papel de

apostol, director y guía, y su influencia rectora en los grupos independentistas, mejor brilla la gloria de Sánchez en la posición que ocupó desde entonces en ausencia del líder.

Es muy difícil suplir la falta de un jefe ausente en cualquiera circunstancia, y mucho más lo es cuando la circunstancia es de peligro, de derrota, de miedo, de confusión. Ido Duarte, en Sánchez hubo suficiente personalidad, suficiente dominio sobre hombres y situaciones, suficiente valentía e inteligencia; suficiente audacia, discreción y tacto; suficiente diligencia y suficiente fervor por la causa, para que él, en condiciones tan desfavorables, se constituyera en el nuevo jefe y salvara el aparentemente arruinado propósito de liberación. Es uno de los hechos excepcionales de sentido positivo que recoge nuestra historia. "Aquel hombre parecía escogido por la Providencia para dar cima a lo que todos creyeron perdido", dice atinadamente su contemporáneo Francisco Aguiar en carta que recoge el biógrafo de Sánchez, Ramón Lugo Lovatón, en el tomo I de su obra, Pág. 132.

Ponderadas las incalculables consecuencias que para nuestro pueblo tuvo haber permanecido Sánchez en el territorio dominicano, la estratagema de su simulado entierro y el haber rebasado la grave enfermedad que lo obligó a quedarse, estamos tentados de decir: Bendita la pulmonía que contrajo al cruzar a nado el Ozama, regresando de Los Llanos, que lo retuvo en el país mientras sus compañeros escapaban al extranjero; bendita la maniobra de hacer creerlo muerto y simular su entierro en la Iglesia del Carmen; bendita su curación.

Análisis de las circunstancias.

Tras el retorno del general Hérard a Port-au-Prince, Sánchez, en su oculto lecho de enfermo en casa de la fami-

lia De la Concha, quedó prácticamente solo y en las peores condiciones para soñar con proseguir los trabajos en favor de la independencia. El cúmulo de factores en contra superaba en mucho al de las ventajas. Hagamos el análisis de unos y otros.

Circunstancias adversas le eran en aquellos días las siguientes:

Su propia enfermedad;

El sentimiento de derrota, desilusión y miedo en el ambiente dominicano, acomodado en las creencias fatalistas y en la quieta resignación de la generalidad;

La resistencia activa del poderoso sector conservador;

La ida del caudillo y de sus compañeros principales Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandrino Pina;

La prisión y traslado a Haití de los más diligentes comprometidos en todo el país: De Santiago, Rafael Servando Rodríguez, Manuel Morillo, Jacinto Fabelo, José Mella Veloz y Pedro Juan Alonso. De Moca, Francisco Antonio Salcedo. De San Francisco de Macorís, el Padre Salvador de Peña. Manuel Castillo y Alvarez, José de Peña, Idelfonso Mella, Juan Bautista Ariza, Baltasar Paulino, Alejo Jérez y Esteban de Aza. Del Cotuy, el insigne Ramón Mella, y el Padre Juan Puigvert. De Santo Domingo, Pedro Pablo de Bonilla, Félix Mercenario, Manuel Leguisamón, Silvano Pujols, Norberto Linares, Narciso Sánchez —padre del prócer— y los militares Pedro Valverde y Lara, Juan Ruíz, Ignacio de Paula y Alejandro Disú Batagni. De la región del Este, Nicolás Rijo y el capitán Vicente Ramírez. De la región Sur, Pedro Herrera y tres más;

La expulsión del país como extranjeros perniciosos, de los sacerdotes Gaspar Hernández y Fray Pedro Pamiés, el venezolano Blas Bruzual y otros;

El retiro del servicio militar de los hermanos José Joaquín, Eusebio y Gabino Puello, del Teniente Parmentier y de otros dominicanos enrolados en las filas haitianas con quienes ya se contaba para el pronunciamiento;

La prisión, fuga y ocultamiento de los hermanos Ramón y Pedro Santana;

El traslado a Port-au-Prince, ordenada expresamente por Hérard, de los regimientos 31 y 32, compuesto en gran parte por dominicanos, que en los proyectos de revolución figuraban como el núcleo del futuro ejército dominicano destinado a apoyar y asegurar la independencia;

El reemplazo de estas unidades castrenses por dos regimientos compuestos totalmente por haitianos;

La nueva división política de la isla, dispuesta por el decreto del 11 de julio de 1843 del gobierno provisional haitiano y destinada a amalgamar zonas del territorio dominicano con zonas del territorio haitiano.

Con estas medidas —dice García, Compendio, tomo II, Pág. 216— tomadas o sugeridas por Hérard durante su visita a la "Partie de l'Est", "creyó dejarla completamente pacificada y en la imposibilidad de pensar durante mucho tiempo en llevar a cabo la separación proyectada."

"Los políticos haitianos —dice también el autor citado— creían que con la nueva división territorial, el cambio de guarnición, las prisiones hechas, el confinamiento de los dos regimientos dominicanos en Port-au-Prince, y con el embarco de Duarte y la fusión de los elementos antiseparatistas, ya no había peligro de que la escisión se realizara."

Frente a los poderosos factores adversos señalados, apreciados como decisivos por la generalidad, podrían men-

cionarse unas cuantas circunstancias favorables a la acción de Sánchez:

La primera, las propias dotes y virtudes del patriota quedado oculto en la ciudad de Santo Domingo. Otra es el haber madurado una conciencia independentista y el espíritu de sacrificio y lucha en un importante sector del pueblo dominicano que tenía ramificaciones en todo el país, fenómeno provocado por la activa propaganda y los trabajos revolucionarios de Duarte y los Trinitarios. Otra es el caos y la desorganización imperantes en Haití a consecuencia de la revolución que derrocó la férrea dictadura de Boyer, situación que contribuyeron a crear, con exacta visión del futuro y sentido estratégico, Duarte y los Trinitarios. Otra fue la sublevación del jefe haitiano Dalzon contra Hérrard, que distrajo la atención y los recursos de éste hacia sus propios problemas.

El análisis de todas estas circunstancias arrojaban un balance decididamente desalentador, pero ello no impidió que Sánchez, a mediados de Agosto, reiniciara sus encuentros, para recomenzar la lucha, muy debilitado todavía a consecuencia de la grave enfermedad, en la casa de su hermano Tomás, con los pocos iniciados en la causa y amigos de confianza que la persecución no había lanzado a la cárcel o al destierro.

Los hermanos José Joaquín, Gabino y Eusebio Puello; los hermanos Jacinto, Tomás y Wenceslao de la Concha; José Ma. Serra, Manuel Dolores Galván, Félix María de Monte, Joaquín Montolío y otros patriotas, sintieron vibrar en Sánchez, de apenas veintiséis años y medio de edad, la fibra de un verdadero jefe llamado a suplir al líder ausente y espontáneamente se le colocaron en posición de subordinación. Este hecho tuvo importancia decisiva para el éxito de la empresa.

Elocuentemente refleja el fenómeno operado el secretario de Sánchez, Manuel Dolores Galván, cuando en un testimonio dice: "Jefe a quien unánimemente se obedece, a todos nos dictó órdenes."

No hay independencia en los próximos seis meses sino tal vez cuando, si en el momento justo aquel atrayente joven mestizo de largas piernas y perpetua sonrisa no manifiesta capacidad de confiar fuertemente en las propias apreciaciones y en las propias decisiones y el aliento vital de quien sabe mandar.

Las reuniones se realizaban en condiciones sumamente difíciles y peligrosas, dado el intenso espionaje que ejercían los agentes de la opresión, y tenían que alternarse con períodos de ocultamiento en el pozo de la casa o en las moradas de amigos, especialmente en la de Félix María del Monte. "Arrostrando peligros sin cuento, continuó los trabajos de la revolución salvadora" dice Del Monte refiriéndose a Sánchez en carta del 15 de febrero de 1889 contestando una encuesta dirigida por José Ricardo Roques, editor del periódico "El Teléfono" (Lugo Lovatón, "Sánchez", tomo I, Pág. 140).

El período más largo de su escondite lo pasó Sánchez en la casa de los De la Concha. A esta etapa corresponde el testimonio dejado por Joaquín Montolío, en que relata el ofrecimiento de un barco y dinero que hizo al prócer por intermedio de Tomás de la Concha el comerciante Abraham Cohen para trasladarse a la isla de Saint-Thomas en vista del inminente riesgo de ser descubierto y apresado. El declarante fue testigo de que Sánchez, una vez seguro de que en la combinación para enviarlo al extranjero no estaban sus hospedantes, abrazando a la madre de los De la Concha, Francisca López, después de oírle que ella y sus hijos estaban decididos a correr con él su misma suerte, exclamó: "De

hoy en adelante podré continuar en mi labor revolucionaria hasta conseguir el triunfo, o morir en la demanda."

A este testimonio se agrega la tradición recogida por el biógrafo de Sánchez de que éste también dijo: "Yo daré mi golpe, cueste lo que cueste."

Rechazado por el patricio el recurso de irse fuera del país para ponerse a cubierto del peligro de muerte o de prisión en Port-au-Prince, y aumentando cada día los esfuerzos del enemigo por capturar al importante conspirador que ni estaba preso ni en el exilio, la imaginación de Sánchez y sus amigos dieron con el otro recurso que consigna la historia y repite la tradición y que tiene perfiles legendarios: el de propalar la noticia de que había muerto y simular un entierro.

Este ardid produjo quizás la ventaja de hacer disminuir la persecución, pero comprometía a mucha mayor discreción entre los pocos íntimos que conocían la verdad y continuaban en la preparación del golpe bajo su dirección, y por otra parte restaba seguramente fuerza y eficacia a la conspiración en todo el país, como lo demuestra la inclinación a zafarse del compromiso de los hermanos Santana en el Seybo al llegar hasta ellos la versión del fallecimiento del director de la trama.

Este efecto negativo quedó sin duda contrarrestado por la difusión en todas las regiones del país, por los patriotas Juan Evangelista Jiménez, Gabino Puello y Juan Contreras, del manifiesto de que habla el insigne historiador García en la página 223 del tomo II de su Compendio, documento que no hay que confundir con la Manifestación del 16 de Enero de 1844 (Ver "Apuntaciones en torno al 27 de Febrero de 1844", por Vetilio Alfau Durán en CLIO, No. 116). Aquel primer manifiesto, que fue obra de Sánchez y cuyo texto desgraciadamente no se conoce, circuló en todo el país en

Septiembre de 1843 y tuvo que haber sido un documento corto, claro y vibrante (de "incendiario" lo califica García), a juzgar por el efecto estimulante que iba causando a medida que era conocido, especialmente cuando fue leído el día de las Mercedes por Juan Evangelista Jiménez en el Santo Cerro, que provocó expresiones de exaltado patriotismo en Manuel María Frómata. Un escrito largo, pesado, sin incentivos emocionales y con conceptos ajenos a la circunstancia, como lo es la Manifestación del 16 de Enero de 1844, no habría encontrado igual resonancia en los corazones.

Cambios en el panorama.

Finalizando el año 1843 las circunstancias cambiaron, para favorecer por un lado y para empeorar por otro las perspectivas de Sánchez y los patriotas.

El cambio más favorable lo determinó el 14 de Septiembre la libertad y retorno a Santo Domingo de Ramón Mella y los demás iniciados enviados presos a Port-au-Prince por orden de Hérard.

El menos propicio, la formación de un importante movimiento dirigido por hombres de posición eminente e influyente, para promover la separación política respecto de Haití y convertir el país en un protectorado de Francia. Este movimiento surgió como una grave amenaza al ideal independentista adoptado desde 1838 por los Trinitarios y puso frente a éstos, en actitud combativa, una fuerza social dirigida por el elemento conservador. Es, como se sabe, el tercer partido cuya audacia temían, a que se refirieron Sánchez y Vicente Celestino Duarte en la famosa carta que dirigieron al líder con fecha 15 de Noviembre de aquel año cuando lo urgieron a que desembacara con recursos en la

playa de Guayacanes el 9 de Diciembre, "estando el pueblo tan inflamado."

El contexto de esta carta es revelador de los atributos de mando supremo asumidos por Sánchez en ausencia de quien era formalmente su jefe desde 1838. Es verdad que la carta está también suscrita por Vicente Celestino Duarte y que se le habla con términos de entrañable confianza, pero en las instrucciones contenidas en la misiva alienta la autoridad del futuro héroe del Conde. La carta no está concebida como consejos o recomendaciones a un superior sino como órdenes a obedecer. "Esto conseguido —armas y municiones— deberás dirigirte al puerto de Guayacanes, siempre con la precaución de estar un poco retirado de tierra, como a una o dos millas, hasta que se te avise o hagas señas, para cuyo efecto pondrás un gallardete blanco si fuere de día, y si fuere de noche, pondrás encima del palo mayor un farol que lo ilumine todo, procurando, si fuere posible, comunicarlo a Santo Domingo, para ir a esperarte en la costa el 9 de Diciembre, o antes."

Las circunstancias imponían que el líder ausente se sometiera a lo que dispusieran los que trabajaban sobre el terreno mismo en que se iba a dar la batalla.

A pocos días de la carta comentada recibe Duarte en Caracas otra misiva desde Curazao de sus compañeros Pina y Pérez, en que valoran el proceso operado en Santo Domingo, en estos términos: "Verá Ud. —por las noticias que le lleva Buenaventura Freites— lo que ha progresado el partido duartista, que recibe vida y movimiento de aquel patriota excelente, del moderado, fiel y valeroso Sánchez, a quien creíamos en la tumba."

En esta ocasión pone Freites en manos de Duarte no solamente la carta de los exilados en Curazao, sino la carta

conjunta de Sánchez y de su hermano Vicente Celestino y cartas separadas de Jacinto y Tomás de la Concha. Este último le dice: "Baste decir que estamos como jamás lo esperé" (V. Lugo Lovatón, "Sánchez", tomo I, Pág. 153).

La formación del partido llamado despectivamente de los "afrancesados" se debió a que la decepción causada en los diputados dominicanos —sustitutos de los elegidos en Junio de 1843— a la Asamblea Constituyente de Haití, al no acoger ésta sus reivindicaciones en favor de una mayor autonomía de la parte española de la isla, y debida también a declaraciones absolutistas del recién elegido presidente Hérard, los puso en el camino de desear la separación, pero no en régimen de absoluta soberanía —para evitar un fracaso semejante al de 1822— sino bajo forma de protectorado francés cediendo a Francia la península y bahía de Samaná. Fue el llamado "Plan Levasseur" concebido por Buenaventura Báez, de acuerdo con Manuel Joaquín del Monte, y que debe su nombre a llamarse así el cónsul francés en Port-au-Prince en aquellos días.

Como consecuencia de este movimiento fue enviado por primera vez a la ciudad de Santo Domingo un cónsul de Francia, Eustache Juchereau De St. Denis, que había llegado a Port-au-Prince para desempeñar el consulado de su país en Cabo Haitiano y a quien preferió Levasseur enviar a la principal ciudad dominicana.

La presencia de este personaje en nuestra capital aumentó las dificultades que Sánchez y los patriotas enfrentaban, dada su impresionante investidura y su capacidad personal, atributos que le valieron para ejercer fuerte influencia en el ambiente político dominicano en el sentido de la proyectada separación con protectorado.

En cambio es justo anotar que el hecho más decisivo para facilitar la realización del movimiento de independen-

cia pura, que fue el regreso a Santo Domingo el 30 de Enero de 1844 de los regimientos 31 y 32, compuestos en su mayor parte, como se ha dicho, por dominicanos, se debió a habilidosas diligencias desplegadas en Port-au-Prince cerca del presidente Hérard por los dirigentes conservadores dominicanos partidarios del Protectorado, quienes pensaban contar con esos cuerpos armados para que secundaran su trama de separación.

Consiguieron el traslado pero no la adhesión de los soldados a su causa, en parte porque ya éstos estaban adoctrinados y conquistados por Duarte y los Trinitarios antes de su transferimiento a Port-au-Prince en julio de 1843, y en parte porque Sánchez y su grupo independentista desplegaron con gran prisa sus actividades para reanudar sus vínculos con ellos y para apresurar la proclamación de la República, que tuvo lugar apenas veinte y ocho días después del arribo de los regimientos.

El feliz desenlace.

Cuando Báez y los demás diputados a la Constituyente, posteriormente a la llegada de los militares, hicieron su entrada en la ciudad de Santo Domingo, acompañados del cónsul Juchereau de St. Denis, con intenciones de poner en ejecución el Plan Levasseur, ya los independentistas estaban tan adelantados en sus preparativos, que todos sus esfuerzos fueron inútiles para detener el curso impetuoso de los acontecimientos.

Ya había sido redactada y difundida la Manifestación de los Pueblos de la Parte del Este de la Isla antes Española o de Santo Domingo, sobre las Causas de su Separación de la República Haitiana, fechada el 16 de Enero de 1844. Ya la corriente incontenible de los hechos, por obra de la diligente juventud independentista encabezada por Sánchez, había arrastrado consigo a las masas populares y

a todo el que valía algo. Ya engrosaban las filas patrióticas las personalidades del sector conservador de Santo Domingo con quienes pensaban contar los propugnadores del Protectorado, comenzando por el tornadizo Tomás Bobadilla. Ya pronto se pudo fijar la fecha del pronunciamiento y proclamación de la República para la noche del 27 de Febrero.

En la memorable noche, en la Puerta del Conde, tras la concentración de patriotas y el trabucazo de Mella en la Plaza de la Misericordia, el jefe reconocido por todos fue el esforzado Sánchez, a quien secundaban en el mando Ramón Mella, Manuel Jimenes, Tomás Bobadilla, José Joaquín Puello y Remigio del Castillo, cada uno de los cuales había aportado un contingente de hombres.

El feliz resultado del golpe obliga a reconocer que fue una combinación perfectamente urdida y cabalmente realizada, con la necesaria sincronía y tacto. No se trató de una operación fácil, como es la tendencia a juzgar a la distancia del tiempo las acciones que culminan en buen éxito. Fue al contrario una empresa muy difícil con amplio margen de riesgo y en que hubo que poner una gran dosis de audacia.

Todos sabemos la enorme dificultad que representa destruir una situación de fuerza de años de establecida, favorecida por pesados factores psicológicos. Tan difícil, que su sola consideración movía desde hacía años al escepticismo a una gran parte de la población, aleccionada por amargos fracasos anteriores. Urdida la trama con menos inteligencia y con menos decisión, habría fracasado irremisiblemente al peso de los medios de dominación de que disponía el país ocupante, frente a los cuales la fuerza de los patriotas era exigua.

Un grado más de coraje de parte del comandante haitiano Desgrottes de la plaza de Santo Domingo ante el des-

pliegue táctico de los libertadores, o un grado menos de acometividad de parte de éstos, habría hecho abortar el Estado por nacer.

La reunión del 24 de Febrero para fijar la fecha y tomar las medidas finales; la reunión de los grupos comprometidos de la ciudad el día convenido, primero en la plaza de la Misericordia y después en la Puerta del Conde; la actuación del Teniente Martín Girón con la tropa bajo su mando; la ocupación del bastión y sus alrededores; la oportuna llegada de los contingentes de San Carlos y de Pajarito; el duartiano santo y seña de "Dios, Patria y Libertad"; la arenga de Sánchez; la toma de la Capitanía del Puerto y de las oficinas y depósitos de la Aduana; la maniobra de la barca, haciendo repetir sus viajes con hombres de pie hacia la ciudad y con los mismos hombres acostados hacia la banda oriental, para hacer creer a los atentos haitianos de la Fortaleza que llegaban numerosos contingentes; el movimiento envolvente a lo largo de las murallas para el planeado asalto al castillo de la Fuerza; la eficacia del sistema de patrullas y centinelas; la penetración de la trama hasta los dominicanos que prestaban servicio en los cuarteles; el vigor con que se rechazó a tiros la patrulla haitiana destacada para averiguar lo que pasaba; los términos de la intimación de rendición; la composición y actuación de los parlamentos; la actitud digna y decidida ante el cónsul francés en el papel de mediador; el acto de entrega de la ciudad; lo bien desarrollada de la red revolucionaria en todo el país y el orden y tacto con que fueron produciéndose los pronunciamientos en los demás pueblos; la discreción que presidió en todo momento y en todas partes, estos diferentes aspectos y momentos del glorioso estallido del 27 de Febrero de 1844 demuestran que no eran niños inexpertos los responsables de la acción sino adultos de corazón y de razón, dotados de la conciencia que se ne-

cesitaba para crear una nueva entidad política independiente sobre el haz de la tierra.

De este modo nació la República. La gesta del 27 de Febrero es una de las dos culminaciones de la gloria de Francisco del Rosario Sánchez. El, como jefe del movimiento, presidió el primer gobierno dominicano, el que intimó la rendición y recibió la plaza fuerte de Santo Domingo. En la primera junta de gobierno le acompañaron Ramón Mella, José Joaquín Puello, Remigio del Castillo, Wenceslao de la Concha, Mariano Echavarría y Pedro de Castro y Castro.

El primer pensamiento de todos, comenzando por el limpio y noble Sánchez, fue mandar en busca del maestro y jefe ausente. Al mismo tiempo los emisarios de la Junta Vicente Celestino Duarte, Tomás Bobadilla y Manuel Jimenes salían a diferentes regiones del interior para consolidar la obra de liberación.

Al amanecer del 28, la población de la ciudad, atraída por el toque de diana anunciador de la libertad y por la nueva bandera tricolor que ondeaba sobre el baluarte, se concentraba jubilosa en torno a la cuna de la patria que nacía e integrándose en el nuevo cuerpo colectivo se abrazaba a un áncora de esperanza que a través de las generaciones ha llegado hasta nosotros dirigiendo sus brazos al incierto porvenir.

Nunca más grandes.

La desaparición de la República y la nueva incorporación del país al imperio español, en 1861, fueron la ocasión para que los padres de la Patria dieran a su alta misión histórica el remate digno del título que les ha otorgado la posteridad.

Analizando los hechos caeríamos en pensar que nunca fueron más grandes los Padres de la Patria dominicana que en aquel negro momento de la Anexión.

Ya no eran los hombres dotados de la fuerza y el arrebató propios de la juventud. Duarte tenía 49 años; Sánchez 44 y Mella 45 cuando abandonaron la vida segura y se lanzaron a la lucha por la recuperación de la independencia.

Los tres estaban enfermos, muy enfermos, con enfermedades de las que disminuyen las energías vitales y desalientan los impulsos del ánimo de cualquier ser normal.

No puede pensarse siquiera que su condición de Padres de la Patria los comprometió moralmente a

hacer un esfuerzo para mantenerse a la altura de los méritos ganados. Con la excepción del día en que Duarte regresó a raíz de la Independencia, no se tiene noticia de que en los diez y siete años de la Primera República, vivos los tres, se les designara con los títulos máximos con que hoy los señalamos. En aquella época, apenas se les reconocía su gloriosa hoja de servicios y no recibieron los honores, ni las compensaciones ni las satisfacciones condignas a su investidura excepcional.

Al contrario, lo que recibieron en abundancia fueron ingratitudes, olvidos, injusticias, desconsideraciones, persecuciones, pretericiones, desdenes, envidias, cuando no el juicio indiferente de los más, por falta de información acerca de la insigne obra que realizaron. Ellos mismos vivieron y actuaron con humildad y sin privilegios como ciudadanos, como políticos o como militares, al nivel o por debajo de otros personajes que ni con mucho dan ahora su talla histórica. Una innata bondad, una natural modestia y un auténtico desinterés, virtudes comunes a los tres, les impedía medirse ellos mismos con la dimensión que habían cobrado.

Todo ésto se explica por el ambiente que predominó a lo largo de la Primera República, en que se alternaron gobernantes conservadores, partidarios de la protección extranjera y de los métodos dictatoriales, y enemigos naturales por tanto de los Trinitarios, cuyas glorias soslayaron sistemáticamente pretendiendo enseñar que la historia de la República había comenzado con el Manifiesto del 16 de enero de 1844, es decir, en la época en que se logró formar un frente único para expulsar a los haitianos, integra-

do por los patriotas que luchaban desde 1838 y por los conservadores que desde finales de 1843 buscaban el protectorado francés. A Fernando Arturo de Meriño, José Gabriel García y Emiliano Tejera, próceres de la Segunda República, es a quienes principalmente debemos haberse salvado la verdadera historia del nacimiento de la nación y la dimensión de Duarte, Sánchez y Mella.

De modo que, al ponerse los tres en movimiento en los días de la Anexión para levantar la bandera nacional, lo hicieron al espontáneo impulso de su rango espiritual; empujados por su vocación de héroes amantes de la libertad, profundamente ligados y comprometidos con la religión de Patria iniciada en 1838, que mantuvo en ellos latente el fuego de la proceridad.

En el turno de su aparición en los campos del sacrificio, en aquella época dolorosa de la Anexión, el primero fué Sánchez, en mayo de 1861; el segundo Mella, en agosto de 1863, y el tercero fué Duarte, en marzo de 1864.

Los tres confirmaron con igual heroísmo la posición que les ha hecho ganar el título de Padres de la Patria; los tres manifestaron el mismo amor a su pueblo, la misma devoción al ideal de soberanía y la misma disposición al sacrificio, pero el desenvolvimiento de los hechos atinentes a cada uno por separado en el luctuoso período, permitió a Sánchez ser también el primero en la magnitud histórica.

Los tres fueron mártires en potencia, pero sólo Sánchez lo fué en acto. Este martirio de Sánchez dejó a la posteridad la medida de su grandeza, como ya la había dejado su dirección del movimiento li-

berador en ausencia de Duarte, en 1843 y 1844, y el remate triunfal de aquellas jornadas.

Después de haber examinado en anterior ensayo este primer período de la vida del héroe, me referiré en la presente oportunidad a la etapa final de la biografía de Francisco del Rosario Sánchez, a lo que pudiera llamarse las jornadas de 1861, que completa el fundamento de su gloria. Para la determinación de los hechos me serviré principalmente de la magnífica y ampliamente documentada obra biográfica de Ramón Lugo Lovatón y de los resultados de recientes investigaciones realizadas en los archivos de España por Emilio Rodríguez Demorizi, César Herrera y J. Marino Incháustegui.

El tiempo intermedio.

Sánchez vivía expulso y enfermo en Saint-Thomas desde noviembre de 1859. Es posible que Pedro Santana, entonces presidente de la República -por tercera vez-, incluyera el extrañamiento del prócer y otros patriotas entre las medidas que tomaba para asegurar el éxito de la planeada anexión.

Desde su regreso al país en 1848, después de haber sido amnistiado por el presidente Jimenes, Sánchez, como Mella, no pudo siempre evitar la influencia del impetuoso movimiento político interno, que se mezclaba con la constante vigilancia y las campañas que imponía el contumaz empeño de los haitianos de recuperar la parte dominicana de la isla, que por veintidos años, hasta 1844, habían dominado. Bajo el gobierno de Jimenes su humildad no vió inconveniente en aceptar el cargo de comandante de

amas de la plaza de Santo Domingo, muy inferior al que correspondía a su condición de autor de la proclamación de la República. En el desempeño de este puesto, voló al Sur a unirse con Duvergé y Santana para combatir la nueva invasión haitiana de 1849, pero Santana, por motivos no confesados pero conjeturables, se lo impidió, privándolo así de la gloria de tomar parte en la batalla de Las Carreras.

Más tarde, bajo la segunda administración de Santana, en el mismo año, fué designado por poco tiempo fiscal del Tribunal de Apelación. De este último año a 1859, ejerció la profesión de defensor público, exceptuando el lapso comprendido entre abril de 1855 y junio de 1858, en que su vida sufrió estas alternativas: Exilado como consecuencia de habersele considerado complicado en una conspiración contra Santana, vivió un tiempo en Curazao; amnistiado más tarde y vuelto al país, bajo Báez, ocupó brevemente el cargo de gobernador político del departamento de Santo Domingo, viéndose envuelto en la doble guerra civil de 1857-1858.

Como bien lo señala su biógrafo, el licenciado Ramón Lugo Lovatón, Sánchez no se asoció, a su regreso en 1848 ni años después, a bandería política alguna. Aún posteriormente a la ruptura entre Santana y Báez, que en 1853 determinó la formación de los dos primeros partidos políticos personalistas, Sánchez permaneció neutral, viviendo de su profesión, respetado por Báez y recelado por Santana.

No se identificó entonces con ninguna de las dos facciones, y se explica: ambas eran conservadoras y sus caudillos habían buscado la mediatización de la soberanía, antes y a raíz de la independencia

como medio para alcanzar el progreso, el orden y la seguridad externa. El, en cambio, había sido un líder del liberalismo independentista fundado por Duarte en 1838. Si ocupó un cargo militar y otro judicial, lo hizo con espíritu imparcial.

Sin embargo, desde junio de 1858, después del segundo exilio, habiendo cultivado estrechas relaciones con prohombres del baecismo y dado que la primera administración de Baéz, entre 1849 y 1853, pudo calificarse de ejemplar y fué además el primer gobierno que emprendió la guerra ofensiva contra Haití, Sánchez apareció como un político adicto al caudillo azuano y dispuesto a combatir el frente brutalmente despótico encabezado por Santana. De aquí que aceptara el cargo gubernativo arriba mencionado y se viera comprometido en la doble guerra civil de 1857-1858.

Si de 1848 a 1859, que es el tiempo en que él convive con los dominicanos independientes y comparte sus azares, la inteligencia, la bondad y la valentía de Sánchez enfrentan los inevitables efectos de su presencia en el país y de su posición de personaje de relieve, de gran simpatía personal, respetado y hasta venerado por los hombres de más conciencia, sin escapar a los golpes de las pasiones, intrigas y debilidades, pero siempre por encima de las malicias y rencores, ello no resta excelsitud a las etapas en que las circunstancias y su propia vocación lo pusieron en el camino de la gloria.

La biografía de un héroe no puede ser una continua actitud de heroísmo. Es la suma de los momentos heroicos, que las ocasiones le han brindado, abstraída de la totalidad de su vida. La medida de la pro-

ceridad la determinan los instantes cumbres, y éstos neutralizan las flaquezas intrascendentes. Esto lo sabe el verdadero historiador, desde Tucídides y Plutarco hasta nuestros días; como también sabe que la historia es solo el relato de las "cosas memorables", de los hechos dignos de memoria, de los que tienen importancia, positiva o negativa, para el devenir del hombre y sus comunidades.

El destino superior.

Sánchez, en Saint-Thomas, desde noviembre de 1859, enflaquecido y febril, padecía de una severa estrechez uretral que le obligaba a hacer uso de sondas periódicamente para aliviar urgencias orgánicas. Esta seria condición patológica debilitaba su cuerpo y hacía más dura su vida de expatriado con escasos medios de subsistencia. A tal extremo llegaron su penuria y padecimientos, que el propio gobierno que injustamente lo mantenía alejado, resolvió, a diligencia de amigos conocedores de esta situación, enviarle una modestísima pensión.

No obstante su indigencia y el desmedro de su organismo, no pudo permanecer pasivo después de saber por el patriota Manuel Rodríguez Objío, en diciembre de 1860, que entre el gobierno de Santana y la Corte de Madrid se acordaban los términos de la reincorporación del país a España.

Desde entonces, un destino superior guiará sus pasos hacia la lucha y la muerte. Tendrá cien oportunidades y otros tantos motivos de excusa para renunciar a la empresa o, una vez iniciada, para escapar al previsible final catastrófico, pero, como Só-

crates, los despreciará todos. La excelsitud de su misión no se conciliará con una huida. Como en 1844, el único lema que entenderá será el de vencer o morir.

Con la intuición de que no hay redención sin sacrificio, irá derecho al martirio como el cordero de la Pascua. Palabras y actos revelarán en él el presentimiento del trágico desenlace y la certeza de la virtud germinante de su inmolación. Tal vez por eso, desde el momento de su captura, con la muerte a la vista, como veremos, en Sánchez se iniciará un proceso de sublimación.

La elección del plan.

Puesto Sánchez en pie de guerra, al recibir la tremenda noticia, la primera fase de sus actividades fué la del planeamiento de la acción y la de comunicarse con todos los exilados para sumar voluntades a la empresa. Su revolución, de carácter exclusivamente patriótico, iba a llamarse la Revolución de la Regeneración Dominicana y su objeto mantener el pabellón nacional en la tierra libertada por él en 1844.

¿Cómo debía iniciarse? Sólo había tres modos concebibles: o entrar secretamente en el territorio nacional para organizar y dirigir internamente el movimiento destinado a asegurar la independencia; o preparar en el extranjero una expedición y comenzar la guerra desembarcando en algún punto de la costa del país, o entenderse con el gobierno de Haití para preparar allí la expedición y penetrar por la frontera.

Este último medio era el más recomendable del punto de vista militar, de lograrse el apoyo de las

autoridades haitianas, pero tenía el grave inconveniente de ser el país vecino el enemigo natural y tradicional de los dominicanos, y el beligerante en un estado de guerra que continuaba desde 1844.

Otro factor adverso, derivado del anterior, era la impresión de recelo y desconfianza -fácilmente utilizable por los anexionistas- con que podían recibir los dominicanos una expedición revolucionaria anti-anexionista procedente del país enemigo, aun compuesta de compatriotas y encabezada por un hombre de los méritos de Sánchez.

Se presentaba sin embargo una circunstancia favorable: el Presidente de Haití en aquellos momentos era Geffrard, jefe de la revolución que con ayuda dominicana había derrocado al tiránico Soulouque, y director de una nueva política de coexistencia pacífica con los dominicanos, con lineamientos democráticos y progresistas. Su gobierno había concertado una tregua con el de la República Dominicana y parecía excluida la posibilidad de nuevos intentos haitianos de dominación de la parte dominicana por la vía de la invasión armada.

Además, Sánchez había conocido y tratado a haitianos amigos de Geffrard cuando los azares de ambas naciones los habían hecho coincidir en condición de exiliados, lo que le permitió pensar en contar con estos enlaces, al tiempo que enterarse indirectamente de las buenas cualidades personales del gobernante haitiano. Con las conexiones adquiridas podía él, por otra parte, hacer algo para neutralizar los efectos negativos que pudiera provocar en Haití la presencia del cabecilla dominicano que puso término a la dominación haitiana en Santo Domingo en 1844.

Una segunda ventaja, concerniente al efecto psicológico del lado dominicano, era que cualquiera aprensión se contrarrestaba, más fácilmente que en cualquier otro caso, con el hecho de ser nada menos que el héroe del grito de independencia contra Haití quien dirigiría la expedición redentora, condición ésta que Sánchez podía hacer valer eficazmente en la etapa de preparación moral de la acción, mediante una proclama bien expresiva.

Una tercera ventaja era que podía darse por descontado el gran interés haitiano en evitar que la parte española de la isla estuviera gobernada por una potencia extranjera, en cuya figura veían los vecinos con temor el impulso imperialista y la inícuca institución económico-social de la esclavitud.

Ponderadas las circunstancias, el medio escogido fué por consiguiente el tercero, y en seguida se dirigió Sánchez al presidente Geffrard al tiempo que se comunicaba con el grupo de asilados en la propia Saint-Thomas, entre quienes figuraba Ramón Mella; en las islas de Curazao y Puerto Rico y en la república de Venezuela.

La proclama.

De la copiosa correspondencia que sostuvo Sánchez con los expulsos de 1858 y 1859 extrae Lugo Lovatón una carta dirigida por el prócer el 16 de enero de 1861, a Damián Báez, residente en Curazo, extensiva al trinitario Pedro Alejandrino Pina y al general Juan Esteban Aybar, carta que confirma el espíritu caballeresco con que Sánchez preparó su lucha, y la vocación de sacrificio que le llevó al

holocausto final. Dice: "No se cuiden mucho de guardar reserva ni por mí ni por el proyecto; yo obro a las claras y he escrito a Lavastida en Santo Domingo... Mi país está vendido, ésto basta".

Todas las conexiones quedaron establecidas y ya contaba Sánchez con el concurso del presidente haitiano y de la junta revolucionaria de Curazao, además de tener la adhesión de todos los dominicanos alejados del país, algunos más patriotas que políticos y muchos otros más políticos que patriotas. Mientras hacía sus preparativos para viajar a Haití, se concentró Sánchez en sí mismo y redactó su proclama revolucionaria, que él llamó "Manifestación que el general de división Francisco Sánchez, jefe del movimiento nacional de la parte del sur, dirige a sus conciudadanos".

Este documento está concebido casi como un desafío personal del patriota febrerista al déspota que tramaba la muerte de la República. El no se enfrenta a los españoles sino directamente a Santana; no ve frente a sí a nadie más que a Santana. "Sí, contra el tirano, dice, contra Santana y sólo contra él. Ningún dominicano -si alguno le acompaña- es capaz de semejante crimen, a menos que esté fascinado". dice un pasaje del admirable documento.

Representándonos las peculiaridades históricas de uno y otro personaje, el papel de cada uno en la ocasión y el desenvolvimiento posterior de los hechos, la lectura de la proclama hace volar la imaginación hacia la figura de San Jorge de Capadocia con la espada en alto frente al dragón legendario, en reto desigual, resuelto a dar su vida por la libertad de la doncella sagrada dominada por la bestia. Es

porque de igual modo se encara Sánchez al monstruo poderoso "adueñado de la República", como dice el mismo. "¿No oís el clamor de la Patria aflijida que os llama en su auxilio?" pregunta Sánchez en un giro alegórico de su proclama que personaliza a la colectividad dominicana como un ser indefenso semejante al de la leyenda, a merced de un dragón.

Esta comparación es más exacta si pensamos en el común desenlace trágico. La vida de San Jorge culminó en el martirio. El es el *megalomartyr*, el "gran mártir" de la Cristiandad. Fué vencido y murió por su ideal, pero en esta muerte radicó la fuerza de su triunfo. Nadie pondrá tampoco en duda que Sánchez es el gran mártir de la República Dominicana y que su muerte generó fuerzas titánicas para la libertad.

El impacto psicológico producido por la proclama de Sánchez al recomendar a sus conciudadanos decir que él era la bandera dominicana para neutralizar cualquiera suspicacia, fué tan fuerte, que todavía hoy es uno de los pasajes históricos más vivos en la memoria de los dominicanos y de los que más se recuerdan en cuantas ocasiones se habla del héroe o se evocan los fastos de 1861.

En movimiento.

A continuación de la proclama, impresa en Saint Thomas con la fecha del 20 de enero de 1861 y ampliamente difundida, vino el principio de ejecución; las manos a la obra. Sánchez embarcó a finales del mismo mes en el puerto de Carlota Amalia en la

goleta "Santo Domingo", rumbo a Jacmel, en Haití. Inició su navegación con dos pesados lastres. El uno físico: su enfermedad. Tan malo era su estado de salud, que algunos amigos vaticinaron que moriría en la campaña. El otro moral: la inconsecuencia de compatriotas que a última hora eludieron el compromiso de acompañarle, no faltando quien denunciara al gobierno dominicano el proyecto en marcha. Ocurrencias como ésta son las que destacan la excepcionalidad de los actos de las almas grandes, al quedar contrastadas con el telón de fondo de las cotidianas flaquezas humanas.

Sin que su espíritu vacilara por el peso de estos lastres y amarguras, el patriota arribó en la isla y viajó por tierra a Port-au-Prince. En seguida se puso al habla con su principal enlace, el Sr. Lamothe, ministro de Policía, y luego con el propio presidente Geffrard.

El testimonio recogido por la hermana del héroe, Socorro Sánchez, y reproducido en la obra de Lugo Lovatón, respecto de las primeras palabras de Sánchez al jefe del Estado haitiano, pone de manifiesto un pensamiento claro y certero, del mismo corte de documentos de Sánchez de autenticidad segura, en que se combinan la pulcritud moral e intelectual del prócer, la visión del estadista y el arte de persuasión de un hábil diplomático.

"Presidente: Yo fuí el instrumento de que se valió la Providencia en 1844 para sacudir la dominación haitiana y crear una república independiente. No lo hice por odio... o por preocupación social, sino porque constituíamos dos pueblos con caracteres diferentes..., dos pueblos distintos que podíamos formar

Estados separados. La isla es bastante grande y hermosa para compartirla entre ambos... Yo en cierto modo consolido con mi acción la independencia de Haití, pues una vez conseguido el éxito de nuestra causa, celebraríamos un tratado que garantizaría nuestra mutua vida independiente. No sería así cuando España, potencia de primer orden, poseyera la parte Este de la isla, con peligro para ustedes. Santana va a anexar Santo Domingo a España y yo vengo a impedir ese crimen. Impidiéndolo afirmo mi obra y garantizo la de ustedes. Por eso he venido a pedirles pase por las fronteras y recursos con qué impedir la anexión que se piensa llevar a cabo."

Estas elocuentes palabras reafirmaron en Geffrard la disposición favorable ya prometida a los proyectos de Sánchez, y parecía que con el eficaz concurso del liberal ministro de Policía todo iba a rematar rápidamente en la concertación de un acuerdo destinado a permitir la entrada en Haití de los desterrados dominicanos dispersos en el continente y las islas, la preparación de la expedición con una substancial ayuda haitiana, y la entrada por varios puntos de la frontera de las fuerzas revolucionarias a territorio dominicano. Pero la presencia y diligencias de Sánchez en Port-au-Prince y la llegada a Haití de numerosos dominicanos anti-santanistas en barcos fletados por la junta revolucionaria de Curazao se hicieron tan notorios, que bien pronto comenzaron los rumores y las intrigas. Alarmados por lo que veían y llegaba a sus oídos, se pusieron en movimiento para impedir la acción revolucionaria dominicana algunos miembros del gabinete haitiano, del ala conservadora, y sobre todo el cónsul de España

en aquel país, Mariano Alvarez, cuya táctica consistía en negar rotundamente que hubiera el propósito de anexar Santo Domingo a España, lo cual causaba una impresión de incertidumbre en los dispuestos a apoyar a Sánchez.

A la formación de esta fuerza contraria a los designios patrióticos de Sánchez contribuyeron poderosamente las diligencias de cancillería realizadas por el gobierno dominicano cerca de Francia e Inglaterra, países comprometidos a mediar en las relaciones de Santo Domingo y Haití, diligencias por las cuales se presentaba el caso como una trama haitiana para agredir a su vecino.

Sánchez, haciendo esfuerzos sobrehumanos para contrarrestar el quebranto de su organismo, se multiplicaba hablando y escribiendo a cuantas personas, partidarias o adversas a su proyecto, consideró necesario. Al parecer, su más fuerte enemigo en la ocasión lo fué el ministro de Asuntos Exteriores de Haití, Victor Plaisance, con quien tuvo hasta un altercado personal.

La valiente alternativa.

A la altura del 20 de marzo de 1861, casi dos meses después de su llegada a Port-au-Prince e ignorando todavía que la anexión había sido proclamada, Sánchez, con los nervios en tensión por la impaciencia, tenía ya una idea clara de todas las implicaciones del problema que enfrentaba y de la actitud de las personas con quienes luchaba o de quienes necesitaba un concurso, para lograr el deseado apoyo a sus planes. Contrariamente al deseo de algunos haitianos, él perseguía un acuerdo que no

fuera peligroso para el futuro del país dominicano. Esta madurez de conocimiento y juicio, y la condición de su ánimo, lo determinaron a escribir su célebre carta de la fecha mencionada, dirigida a los ministros de Asuntos Exteriores, Plaisance, y de Policía, Lamothe, que fué una tajante invitación a definirse.

Esta carta revela la experiencia que había ganado respecto de la índole de las personas que lidiaba y, como consecuencia, que conocía la mejor táctica para tratarlas. Es también el famoso documento una prueba clara de la fibra de Sánchez, que lo llevaba a conjugar inteligencia, coraje y audacia en los momentos difíciles y decisivos. Comienza rechazando condiciones que le fueron propuestas para poder contar con la simpatía y los recursos de Haití en favor de su revolución, y urgiendo a la rápida concertación del arreglo en términos aceptables. Luego les previene sobre las malas consecuencias que tendría para Haití la falta de su concurso si la revolución se emprendía y triunfaba válida de otros medios.

Una vez detalladas estas posibles malas consecuencias les dice: "Yo creo que los señores Ministros comprenderán que el remedio a todos los inconvenientes que llevo señalados está en el concurso pronto y eficaz que Haití preste al partido nacional aun cuando éste sucumba en su empresa, porque una vez probado el desinterés y el buen deseo de Haití, para con los dominicanos y su independencia, cualquier gobierno que logre consolidarse en la parte del Este tendrá muy en cuenta la buena fe de Haití, ya probada, y entrará en relaciones de amistad las más convenientes y ventajosas para esta República

aunque para ello tenga que chocar con la voluntad de otra nación extranjera”.

A continuación les dice: “Mientras Haití no dé una prueba palmaria de su buena disposición para la República Dominicana y en favor de su independencia, los habitantes de este Estado permanecerán bajo la influencia de los recuerdos y de la saña que que aterrorizaron los ánimos con los nombres de Toussaint Louverture, Dessalines, Riviere, Soulouque, sin que se escape de la reprobación del mayor número el mismo Boyer, cuya política egoísta explotó y gobernó la parte del Este como provincia conquistada”.

Pasa enseguida a hacer un justo elogio de Geffrard y su nueva política de paz, que suscita “afecto y simpatía” en la parte dominicana.

Después habla de los “diez y ocho años en que Haití hace uso de la política más equivocada con respecto a la parte del Este” y de las ventajas de cambiarla a una política “de desinterés y moderación”. Para terminar les dice: “Yo me creo con derecho a esperar una respuesta categórica, escrita, que pueda presentar al gran círculo revolucionario que ha autorizado mi misión en Haití”... “para que esta respuesta calme las inquietudes que en todo el partido nacional ha ocasionado la lentitud de mis negociaciones en Haití. Esta respuesta que yo exijo enérgicamente en nombre de las conveniencias diplomáticas y que espero de la acreditada urbanidad de los señores Ministros, será la circunstancia que servirá de punto de partida al gran partido nacional para tomar una resolución definitiva en la crisis suprema que atraviesa nuestro país; ya sea esperando un momento oportuno para obrar o ya sea haciendo

uso de otros medios que están a nuestro alcance para coronar la obra gloriosa de la regeneración de la Patria".

Con estas manifestaciones marcó Sánchez un punto crucial en la negociación, dejando a los haitianos la elección entre el fracaso o el buen remate de la misma. La carta del 20 de marzo, verdaderamente heroica, daba a entender, en términos sorprendentemente arriesgados, que ella era su última diligencia y que de ahí en adelante el gobierno de Geffrard tenía la iniciativa para escoger el camino que quisiera. Actitud que exigía de su parte mucha capacidad para afrontar un riesgo en el momento oportuno. Se necesitaba gran carácter y clara inteligencia para jugar una carta así, y hace pensar en la que jugó el mariscal Pilsudski, de Polonia, en 1921. Ella da idea de como supieron alcanzar alturas sublimes los Padres de la Patria cuando de un supremo interés nacional se trató. Y aquí pluralizo porque también Duarte y Mella tuvieron, en circunstancias parecidas, rasgos y expresiones dignas del recuerdo perpetuo de los dominicanos. Para apreciar el gesto de Sánchez en su integridad, precisa no olvidar que su organismo estaba debilitado por una enfermedad crónica que hacía crisis de tiempo en tiempo.

Otra connotación digna de señalarse en el documento es el afloramiento de la latente inclinación de Sánchez al sacrificio, rasgo que deseo reiterar como un leit-motiv en este estudio. Dice el patriota: "aun cuando sucumba en su empresa" (el partido nacional), "cualquier gobierno que logre consolidarse en la parte del Este tendrá muy en cuenta la buena fe de Haití".

¿Por qué cree Sánchez que "aun cuando sucumbiera" la agrupación nacionalista en su empresa, habrá un gobierno que sabrá consolidarse en suelo dominicano? Lo normal habría sido pensar en aquel momento que, calculado el posible fracaso de la empresa revolucionaria, no procedía considerar, como consecuencia del mismo, la posibilidad de un gobierno dominicano. ¿No está subyacente en este extraño modo de discurrir de Sánchez la idea de que un sacrificio de su parte alentaría una más vigorosa y triunfante revolución libertadora?

La carta de Sánchez evitó lo que se veía venir: una inminente y rotunda negativa a ayudarlo, por causa de la fuerte presión que ejercían en el presidente Geffrard y el ministro Lamothe el resto del gabinete y el cónsul de España, con la cooperación de los cónsules francés e inglés. Puede decirse que Sánchez, con su enérgica acción, puso al gobierno haitiano entre la espada y la pared.

Según el testimonio dejado por Mariano A. Cestero, reproducido en la obra biográfica de Lugo Lovatón, el gobierno haitiano optó por una actitud intermedia, por "una política espectante", lo que significaba un triunfo para el patriota, es decir, equivalía a seguir permitiendo la entrada de expulsos dominicanos y dejando que Sánchez organizara su expedición, sin compromiso expreso alguno, hasta ver la reacción que finalmente manifestaran los gobiernos de Francia e Inglaterra. La actitud de estas dos potencias iba a ser decisiva para definir la política de Haití respecto de los revolucionarios dominicanos, por lo cual Sánchez había redoblado sus esfuerzos para convencer a los cónsules de que la

anexión era un hecho seguro.

Jugada su valiente carta, se retiró Sánchez a Saint-Thomas a esperar el desarrollo de los hechos. En la isla danesa le esperaban la esposa, su hermana Socorro y su hijo Juan Francisco, expulsados por el gobierno de Santana al saber las actividades revolucionarias del prócer.

La expedición.

El alejamiento de Sánchez coincidió con la llegada a Puerto Príncipe de la noticia de haberse consumado en Santo Domingo el pronunciamiento favorable a la anexión a España. Esta noticia hizo cambiar radicalmente las perspectivas. El gobierno haitiano decidió apoyar sin reservas la expedición patriótica, no sin tener que adoptar una táctica de disimulo frente a la petición de Santana de que expulsara a los opositores dominicanos y a las amenazas que España preparaba contra Haití.

En Saint-Thomas recibió Sánchez la confirmación de la trágica noticia de la muerte de la República, y no se dio reposo en disponer el regreso a Haití. Escribió a Duarte y se vió con Mella. El ilustre febrista del trabucazo estaba tan enfermo en aquellos días en Saint-Thomas, que tuvo forzosamente que esperar a restablecerse para entrar más tarde en la lucha por la Patria.

Es el momento en que Sánchez se asocia con el general José María Cabral y ambos firman en Saint-Thomas el manifiesto del 30 de marzo de 1861, documento abundante en referencias históricas por el que llaman a las armas a los dominicanos para rei-

vindicar la soberanía del pueblo, y en que requieren la atención dos pasajes que son una concesión a Haití, por el modo de enfocar la ocupación haitiana de 1822 a 1844. Son estos dos pasajes un ejemplo ilustrativo de como los próceres de la Patria tuvieron en ocasiones que hacer de tripas corazón para emplear, según las circunstancias del momento, la política que más convenía a sus fines patrióticos.

De nuevo en Puerto Príncipe, percibió Sánchez de cerca el efecto frenético que había producido a los haitianos la evidencia de la verdad que él les había venido anunciando desde enero, y solicitó de Geffrard manifestara ante el mundo la protesta de Haití contra la anexión de Santo Domingo a España. El presidente haitiano lo hizo en documento memorable del 6 de abril, al que siguió el 18 una proclama llamando a las armas a sus compatriotas, equivalente a una declaratoria de guerra contra España pero que no recibió una publicación oficial.

El plan de Sánchez y Cabral era entrar al territorio dominicano por Dajabón y por el Cercado, es decir, por el Norte y por el Sur, pero sin que se conociera la razón, este plan fué luego modificado para que el inicio de la campaña se realizara solamente por el Sur -geográficamente más bien el centro.

Los dos jefes patriotas establecieron sus bases en las poblaciones haitianas fronterizas de Mirabalais y Las Caobas, con el concurso del trinitario Pedro Alejandrino Pina y de muchos otros dominicanos, entre ellos Gabino Simonó, Felix Mota, Benigno del Castillo, Timoteo Ogando, Felix Mariano Lluberes, José Antonio Figueroa, Rafael Rodríguez, León Güílamo, Juan Erasmo, Manuel Baldemora.

Pedro Zorrilla, Francisco Martínez, Domingo Piñeyro, José Gregorio Rincón, Miguel Saviñón, Domingo Ramírez, Rudesindo de León, Julián Morris, José de Jesús Paredes, Luciano Solís, José Corporán, Baltazar Belén y Pérez, Epifanio Sierra, Joaquín Báez, Rafael Aguirre, José Cipriano, Segundo Alcántara, José Curiel, Francisco Hungría y Antonio Suero.

De aquellos puntos partieron las dos pequeñas divisiones que se organizaron, repartidas en tres grupos. Uno al mando de Cabral hacia Cachimán; otro al mando de Sánchez con rumbo al Cercado, y otro al mando de Fernando Tavera en dirección de Neyba. Iniciaban una campaña en que el factor prisa era importantísimo. Había que emprender la guerra y ganar terreno antes de que España se instalara militarmente en el país y de que el pueblo asimilara la nueva y absurda situación. Por eso, presumiblemente, los expedicionarios no se detuvieron ante la consideración de la proximidad de las lluvias.

Los aguaceros comenzaron, efectivamente, apenas penetraron en territorio dominicano, hacia el 29 de mayo. Sánchez avanzó hasta el Cercado, en donde ya lo esperaban los conjurados de la villa, y Tavera ocupó Neyba, pero las pésimas condiciones atmosféricas no le permitieron a Cabral avanzar hasta Las Matas de Farfán. Vino a ocupar aquella población el 15 de junio, cuando ya las fuerzas santanistas estaban preparadas para oponerse al avance de los revolucionarios.

Las constantes lluvias impidieron el rápido progreso de las operaciones y dieron lugar a que las tropas del gobierno con contingentes llegados de

Puerto Rico opusieran un sólido frente a la expedición. También dieron tiempo a que se pusiera en movimiento toda una maquinaria diplomática, apoyada con fuerzas navales, tendiente a obligar al gobierno de Haití a retirar su apoyo a los patriotas.

Sánchez y Cabral combinaron sus planes para adentrarse más en el territorio patrio y realizar coordinadamente el asalto a San Juan de la Maguana, de gran valor estratégico, defendido por el general Eusebio Puello, mientras Tavera tuvo que desalojar Neyba ante el empuje de fuerzas superiores anexionistas.

En el día convenido avanzó Sánchez desde el Cercado en dirección de San Juan y se detuvo en Vallejuelo a la espera de que saliera de Las Matas el contingente de Cabral, capitaneado por Gabino Simón. Iba a ser un movimiento de pinza para caer sobre la plaza desde el Norte y desde el Sur. Pero, para sorpresa de Sánchez, la parte del plan que correspondía a Cabral no se cumplió. Contrariamente a lo acordado, Cabral dejó Las Matas y se retiró en dirección de la frontera, teniendo entonces Sánchez que volver al Cercado para evitar ser desbaratado su grupo por las tropas que defendían San Juan.

De regreso en el Cercado, supo el prócer febrerista, por misiva dirigida por Cabral desde la loma del Puerto, que el presidente Geffrard los llamaba a ambos y a Pedro Alejandrino Pina para embarcarlos ocultos, al haberse visto obligado a ceder ante la presión de los ministros conservadores de su gabinete, atemorizados por la aparente anuencia que Francia e Inglaterra otorgaban a la anexión, y ante la inminente venganza de España.

La traición

Aquí comienza a manifestarse la grandeza espiritual de Sánchez. A la llamada de Cabral, él contestó diciéndole que no podía escapar dejando a sus compañeros en peligro y pidiéndole se reuniera con él para acordar una solución ante la grave contingencia. Esta solicitud no le fué respondida porque ya Cabral había partido. Pina, por su parte, no obstante estar adscrito a la columna que dirigía Cabral en Las Matas, no quiso someterse al requerimiento de Geffrard y separándose de su jefe se fué con un grupo de valientes al Cercado a unirse a Sánchez y correr su misma suerte. El viejo vínculo trinitario ligaba fuertemente sus corazones.

En el Cercado hubo una junta de estado mayor. Era duro para los patriotas decidirse por la retirada a Haití y la junta resolvió permanecer en la población con la esperanza de que una gestión cerca de Geffrard, encomendada a un sujeto llamado Carrié, le hiciera rectificar su actitud. El 19 de junio, vistas las cosas con más calma y desvaneciéndose las ilusiones, Sánchez y sus oficiales optaron por realizar el repliegue. Las lluvias, sin embargo, y la cantidad de enfermos que había que trasladar, hicieron lenta la operación. Esta vez no se trataba de salvarse el jefe solo o con un grupo, sino todos sin excepción.

Mientras tanto el pánico comenzaba a corroer las almas ruines, y el instinto de conservación imponía en muchos un implícito "sálvese quien pueda". Menudearon las deserciones y en los más cobardes y perversos afloró la idea de la traición como medio de librarse de la muerte. Los defensores de la anexión

acampados en gran número en San Juan tenían ya noticia del descalabro y se temía que pronto descargarían sus furias sobre los restos de la expedición. La venganza de Santana era una inminencia aterradora.

Recorriendo el penoso camino de regreso a Haití, llegó un momento en que Sánchez y su grupo -selección de hombres de conciencia- se dieron cuenta de que antiguos adictos les tenían cortadas las vías posibles de retirada y les preparaban una celada. Al pasar por un bosque de mangos, al pie de la loma de Juan de la Cruz, la columna fué atacada sorpresivamente a tiros y Sánchez cayó de su caballo, herido de bala en una ingle y una pierna. La resistencia fué desesperada y hubo otros heridos y un muerto, pero la superioridad numérica de los atacantes hizo desbandar el grupo y muchos cayeron prisioneros. Pedro Alejandrino Pina y el futuro general restaurador José Contreras lograron salvarse contando con reunirse más tarde con Sánchez.

El cabecilla del grupo traidor fué Santiago de Oleo, antiguo jefe comunal del Cercado, que se había adherido a la revolución anti-anexionista cuando Sánchez la inició. Hombre incapaz de regir sus actos desde una posición moral puramente patriótica, y carente de instrucción y de principios, al ver perdido a Sánchez eligió el camino de la más vil traición para rehabilitarse con el poderoso Santana.

Otro momento es este, en que Sánchez se empina en la cúspide de su proceridad. El está herido en el suelo, manando abundante sangre y resistiendo el ataque revólver en mano. A los compañeros les grita que se salven pidiéndoles no preocuparse por él. Se le acerca el valiente capitán Timoteo Ogando y le

ofrece llevarlo en la grupa de su caballo hasta Haití, que está a poca distancia, por un sendero escondido que él conoce bien. El amor y la gratitud de Sánchez a quienes le son leales, su viva conciencia del bien y del deber, se sobreponen entonces al imperativo biológico de salvar la vida, y rehusa el ofrecimiento contestando:

“Mucho le agradezco, generoso amigo, su espontáneo ofrecimiento; pero no puedo aceptarlo. Mientras haya en peligro uno solo de los que me acompañaron en esta desgraciada empresa, no he de abandonarle”.

Gracias al testimonio dado por el propio Ogando en 1905 al licenciado Andrés Julio Montolío se salvó para la historia este episodio conmovedor y sublime, y lo consigna en su obra biográfica Ramón Lugo Lovatón. La aceptación del sacrificio personal y la lealtad a sus compañeros es la posición que como un nimbo ultraterreno mantendrá el héroe hasta el final.

Vía Crucis.

Allí quedó Sánchez, por propia voluntad, a merced de los traidores. Pronto fué hecho prisionero y conducido al Cercado junto con veinte compañeros. Llevaba consigo una bandera dominicana que él quiso conservar y que sus captores le dejaron pensando que iba a ser una pieza de convicción en su contra.

Tremendo símbolo viviente fué Sánchez en aquellos momentos, cautivo y con la enseña patria formando unidad con su persona. Símbolo tanto de su propio papel histórico como de todo el pueblo dominicano en aquella hora, privado de su libertad y soberanía.

La falta de atención médica agravaron sus heridas y le empeoraron el viejo padecimiento. Altas fiebres lo mantenían postrado pero conservando vigilante su conciencia.

En la mañana del 3 de julio se dispuso su traslado y el de los demás patriotas a San Juan de la Maguana para ser juzgados por un consejo de guerra que ya había quedado constituido, presidido por el general Domingo Lazala. El fiscal era el comandante Tomás Pimentel y el secretario el capitán Alejo Justo Chanlatte.

Se le condujo en una litera improvisada que cargaban los también prisioneros Rudesindo de León y Gavino Simonó. Ellos encabezaban la trágica caravana. Les seguía el combativo poeta y periodista Félix Mota, igualmente herido y cargado por dos compañeros de infortunio.

Sánchez llevaba el atuendo que ya anticipaba su condición de reo de muerte. Despojado de chaqueta y de sombrero, solo llevaba, además de la bandera, una camisa blanca y pantalones negros. Adelgazado y cetrino, mostrando las ojeras del insomnio, pero con la mirada viva y el característico rictus en su cara descarnada, lo vió pasar en silencio la consternada población.

Comenzó la sumaria con la lectura de la acusación por el fiscal. Después vino la audición de los testigos, todos de cargo.

Terminada la breve instrucción, se levantó el abogado vegano José de Moya y Padrón para hacer la defensa de los patriotas. Se mostró tan elocuente, que haciéndose insoportable al alma bárbara del general Lazala seguir oyendo aquella apología, lo interrumpió profiriendo una amenaza.

En ese momento intervino el gran corazón de Sánchez. Quiso librar al noble letrado del peligro que corría y haciendo un gran esfuerzo se incorporó y dijo: "Magistrado Presidente! Se que todo está escrito. Desde este momento seré yo el abogado de mi propia causa".

Su defensa consistió entonces en demostrar la imposibilidad legal de juzgarlos, en echar sobre sí la responsabilidad de todo lo ocurrido y en tratar de salvar la vida a sus compañeros.

La palabra del héroe.

Empinado por encima del temor y del odio, superando con su gran fuerza espiritual la debilidad de su organismo desangrado y febril, Sánchez pudo concentrar y poner en movimiento sus facultades morales e intelectuales para presentar con maestría las bases y las consecuencias lógicas de su tesis. Ya no sentía el dolor de sus heridas infectadas, ni lo afectaba el aturdimiento de la fiebre, ni lo vencía el gran déficit de sus energías corporales. Era como sobrenatural la fuente de donde procedía, mientras hablaba, el vigor de pensamiento y la fuerza expresiva de aquel hombre henchido de amor y maduro para la muerte.

Queriendo neutralizar el efecto maravillante de la actitud y la palabra de Sánchez, le dijo el general Lazala: "Usted se ha lucido en muchas partes como abogado, pero aquí no se va a lucir".

La ceguera mental del cavernario no sospechó que en aquel preciso momento lograba Sánchez el supremo lucimiento de la gloria.

Acerca de la actuación del héroe en el juicio, surgieron más tarde, inevitablemente, dos versiones diferentes. Una que se forjó en la ciudad de Santo Domingo y tuvo ecos y sufrió adulteraciones en la prensa de Puerto Rico, La Habana y Madrid, es decir, en los ambientes españoles, tendiente a deslustrar al prócer; y otra que derivando directamente del escenario de los hechos se conservó entre los dominicanos y tuvo como primer cronista al meritorio Juan José Sánchez Guerrero, quien recogió el relato de testigos presenciales. De estas dos versiones merece más fe la segunda por haber intervenido en su formación la ingenua franqueza de gente aldeana, y no la malicia inteligente e inamistosa que formó la primera, y además porque entre los testigos no hubo contradicciones. De ambas se desprende, sin embargo que la conducta del patricio fué extraordinaria, por lo noble y abnegada. Combinando la una con la otra se establece que el extenso desenvolvimiento de su defensa puede condensarse en estas breves referencias:

Hizo una explicación del proceso histórico dominicano que culminó con el grito de independencia lanzado por él el 27 de febrero de 1844. Sostuvo que desde entonces la República Dominicana, como pueblo soberano, tuvo una existencia legítima, sostenida por el valor y la sangre de sus hijos y reconocida por las demás naciones, inclusive España. Afirmó que la inconsulta anexión a la antigua Madre Patria, tramada en secreto y realizada mediante pronunciamientos militares, violaba los inalienables derechos del pueblo dominicano y no tenía existencia jurídica. Declaró que como dominicano tenía él el deber de

rescatar la nacionalidad perdida y que había venido a cumplir ese deber, sin por ello dejar de ser amigo y admirador de España y de su reina. Dijo que el hecho de la anexión era único en la historia y no había ley para castigar a quienes se oponían a ella, porque, no pudiendo ningún pueblo autorizar la pérdida de la propia nacionalidad, no podía nadie imponer penas al intento de rescatarla. Después, avocando la causa que le retenía en el banquillo de los acusados, manifestó que si aquel error de las pasiones de los hombres necesitaba de una víctima para afirmar con sangre la extinción de la nacionalidad dominicana, esa víctima debía ser él y esa sangre debía ser la suya, porque, como fundador de la República, su sangre y su vida se debían a esa nacionalidad.

Las frases de Sánchez más vivamente conservadas en la memoria de los testigos presenciales y recogidas por Sánchez Guerrero, poco menos que textuales, son éstas:

"Yo he venido al país con el propósito firme de preguntar a quien deba si ha consultado el querer de los dominicanos todos para anexar la Patria a una nación extraña".

"¿En virtud de que ley se nos acusa? ¿Amparándose en cual ley se pide para nosotros la pena de muerte? ¿Invocándose la ley dominicana? Imposible! La ley dominicana no puede condenar a quienes sólo han querido conservar la República Dominicana. ¿Invocando la ley española? No teneis derecho a ello. Vosotros sois oficiales del ejército dominicano. ¿Dónde está la ordenanza española que rige vuestros actos? ¿Dónde está el código español en virtud del

cual nos condenaríais? ¿Es posible admitir que en el código penal español haya un artículo por el cual los hombres que defienden la independencia del país deben ser acusados y condenados a muerte?"

"¿Con qué leyes se nos habrá de juzgar? ¿Con las españolas que no han comenzado a regir, puesto que el protocolo de la anexión establece un interregno de meses para que comiencen a regir las leyes del reino; o con las dominicanas, que me mandan a sostener la independencia y soberanía de mi patria?"

"Veo que el señor fiscal pide para estos hombres, lo mismo que para mí, la pena capital. Si hay un culpable, el único soy yo. Estos hombres vinieron porque yo los conquisté. Yo fui quien les dijo que debían cumplir con el deber de defender la independencia nacional, para que no nos fuera robada. De modo, pues, que si hay una sentencia de muerte, que sea contra mí solo. Si ha de haber una víctima, que sea yo solo".

"He echado por tierra vuestra acusación fiscal".

"Puesto que está resuelto mi destino, que se cumpla".

"Cumpla en mí solo el consejo su mandato".

Martirio y gloria.

A la defensa de Sánchez siguió la de los demás inculcados, ayudados por los defensores Moya y Soto. Presentaron especial relieve las manifestaciones del coronel Gavino Simonó y del capitán Benigno del Castillo. Este último contradijo la declaración de Sánchez diciendo: "Yo vine por mi propia voluntad" En ningún momento hubo réplica del fiscal, y la su-

mañísima causa quedó pronto en situación de recibir sentencia. Siguió un rápido simulacro de deliberación entre quienes desempeñaban el papel de jueces, sin levantarse de sus asientos. Un leve cuchicheo de pura fórmula entre ellos y enseguida el presidente del tribunal anunció que se pronunciaría el fallo y ordenó a los reos ponerse en pie. Era el momento de cumplir el consejo de guerra las instrucciones recibidas cuando fué constituido. Se iba a confirmar lo anticipado por el héroe.

La sentencia dispuso ser pasados por las armas los veinte y dos acusados, por el crimen de conspiración. El fusilamiento debía tener lugar a las cuatro de la tarde del día 4 de julio de 1861.

Cumplida la misión del secretario y antes de que el general Lazala declarara terminada la audiencia, se puso Sánchez en pie y cubrió con una mirada paternal a sus compañeros, como pidiéndoles perdón. Luego exclamó:

"Yo imploro la clemencia del Cielo e imploro la clemencia de esa excelsa princesa Reina de las Españas, Doña Isabel II, en favor de estos patriotas!... Para mí, nada; yo muero con mi obra"!

Era el último y quimérico esfuerzo que la bondad de Sánchez realizaba para salvar la vida de los comprometidos por él. Su conocimiento de las circunstancias bien le aseguraba que era un vano esfuerzo, pero no su esperanzado corazón. Cuántas veces se lanza el corazón a una aventura que la razón da por perdida!

No hubo entre los criollos españolizados el más leve intento de tramitar la solicitud de clemencia y de suspender la ejecución hasta la respuesta de la

reina. Solo un oficial español, el comandante Antonio Luzón, se empeñó en el aplazamiento, y al no obtenerlo se alejó del pueblo con su regimiento para no autorizar con su presencia el crimen.

Los condenados fueron reintegrados a la cárcel de San Juan. Sánchez, sereno en su celda, puso orden en su mente para dejar formuladas sus últimas disposiciones, las cuales deseaba encomendar a un viejo amigo presente en la población, enrolado en las filas anexionistas, el coronel Antonio Delfín Madrigal. Solicitó la comparecencia de éste y de un sacerdote la mañana siguiente en su celda, convertida en capilla. Rezó sus oraciones, examinó su vida, escudriñó su conciencia, preparando la inminente presencia ante el juez perfecto, ante el único juez que podía juzgarlo. No obstante su pesadumbre y sus sufrimientos físicos, se rindió al sueño.

Al amanecer se vió con Antonio Delfín Madrigal, a quien dictó sus últimas disposiciones y una carta para la esposa. Mas tarde recibió la absolución y la comunión de manos del Padre Narciso Barrientos. Del largo diálogo sostenido con el cura, sólo se sabe que le recomendó: "Diga a los dominicanos que muero con la Patria y por la Patria, y a mi familia que no quiera vengar mi muerte."

Promediando el día sintió la íntima necesidad de auxiliar su espíritu con el libro que lo había acompañado siempre en sus habituales momentos de recogimiento religioso, para que en aquella hora suprema fuera más intenso su acercamiento a Dios. Llamó al oficial responsable de su custodia, teniente Wenceslao Figuereo, y le suplicó conseguirle una Biblia. El oficial, gentil y diligente, se valió del

párroco para llevársela. El sentenciado la abrió entonces en el libro de los Salmos.

Leía el Miserere cuando llegó el momento de trasladarlo al lugar de la ejecución, en el cementerio del pueblo. Un versículo le quedó grabado en la mente y continuó repitiéndolo. "Tibi soli peccavi... Tibi soli peccavi..." Era como el resultado de su profundo examen de conciencia; era la conclusión a que llegaba después de la revisión que había hecho de su vida entera. "Sólo contra tí he pecado... Sólo contra tí he pecado." En el ilustre condenado, esta afirmación equivalía a decir: Nunca he pecado contra los hombres y sólo Tú puedes castigarme.

Llegados al lugar dispuesto para el fusilamiento, a Sánchez se le colocó, siempre sentado en la butaca que le sirvió de lecho en la cárcel, al pie de una guásima, y desde allí se mantuvo dirigiendo palabras de aliento a sus hermanos de condena. Al divisar al general Eusebio Puello, que supervigilaba el acto con el general Antonio Abad Alfau, con voz fuerte y clara se dirigió a él recomendándole llevar sus restos a reposar junto a los de su hermano José Joaquín. Fueron quizás sus últimas palabras. ¿Quiso con ellas el prócer sacudir la conciencia del militar anexionista obligándolo a contrastar su conducta con la del patriota febrerista inmolado por Santana?

La postrera manifestación de Sánchez produjo tal conmoción en la tropa y en la multitud de espectadores, que la orden de fuego fué dada antes de quedar en posición de tiro el piquete de sangre.

Un estruendo ensordecedor sobrecogió los corazones en toda la comarca, y luego se hizo el silencio.

En aquel momento, en el cementerio de San Juan de la Maguana, un ojo clarividente habría visto ascender, por encima del denso humo de las descargas patricidas, rodeada de ventiun caballeros espectrales dignos de perpetua veneración, una figura incorpórea que subía y se agigantaba; la gran figura de un alma que ganaba la inmortalidad, dibujada en el cielo, siempre ascendiendo, siempre creciendo, abrazada a la bandera y a los Testamentos, con la etérea sonrisa de los ángeles, como una resurrección; la figura del héroe que supo morir; la figura del patriota que dió ejemplo de muerte grande; dejando en el suelo un gran charco de sangre que también crecía, alimentado por las heridas de los mártires, purpúrea y encendida, como la sangre lustral de los dioses, sangre de sacrificio, sangre redentora.

Ante visión tan maravillosa, el clarividente habría caído de rodillas, comprendiendo su grandioso sentido, y grabado en las ondas del tiempo, para las edades, esta sencilla plegaria, que debiera formar parte del alma dominicana:

¡Sangre de Sánchez, lávanos!
¡Sangre de Sánchez, purifícanos!
¡Sangre de Sánchez, sálvanos!

Se discipa la alabanza vieja si no se arracan otras nuevas.

Pulio C

TEMAS HISTORICOS DOMINICO-HAITIANOS

LA INVASION DE 1822

Por Pedro Troncoso Sánchez

El 9 de febrero de 1822 un ejército haitiano calculado en 14,000 hombres entró a la ciudad de Santo Domingo por la puerta del Conde y desfiló a lo largo de la calle del mismo nombre hasta entrar en la fortaleza tomando antes las medidas de guerra propias de un acto de ocupación de una plaza por la fuerza. Una parte de estas tropas extranjeras se formó en la Plaza de Armas —hoy Parque Colón— y rindió honores al Presidente Vitalicio del vecino Estado, Jean Pierre Boyer, ante la mirada atónita del vecindario. Con imponente séquito de gala el jefe haitiano entró al palacio consistorial acompañado por el Dr. José Nuñez de Cáceres, Presidente del Estado Independiente creado en la parte oriental de la isla dos meses y nueve días antes. En la Sala Capitular se efectuó la ceremonia por la cual el territorio dominicano quedaba incorporado a la República de Haití.

Desde 1820, ya unificados por Boyer en un solo Estado la república y el reino en que estaba dividida la parte occidental de la isla, preparaba el astuto estadista la conquista del resto del territorio insular para que sólo la soberanía haitiana rigiera en toda su extensión conforme a lo proclamado en la Constitución de Haití desde que éste fue convertido en nación independiente. Era inadmisibles para los haitianos que un Estado constituido por antiguos esclavos compartiera el dominio de la isla con un país perteneciente a una potencia esclavista. Tampoco aceptó el Gobierno de Boyer la nueva situación de independencia surgida a raíz de la proclamación de Núñez de Cáceres el 1.º de Diciembre de 1821. La naturaleza imponía, alegó el gobernante, que una sola soberanía existiera en toda la isla.

No creyó Boyer de buena política que la acción de apoderamiento que tramaba se observara desde el exterior como lo que era: una conquista; la ocupación por la fuerza de un país que desde 1801 había sufrido invasiones haitianas catastróficas y se había opuesto a ellas con heroísmo y sacrificio. Tal atropello y la expansión del poder de Haití al resto de la isla iba seguramente a alarmar a las grandes potencias que en Norteamérica y en las Antillas dominaban y basaban su economía en la esclavitud. Por eso tuvo buen cuidado de dirigir una previa estrategia de intimidación para que la conquista tuviera, hacia afuera, la apariencia de una respuesta pacífica a un llamado de los dominicanos. A la altura de 1822 Boyer era el señor todopoderoso de la isla de Santo Domingo, puesto que la parte española sufría un estado de extrema postración y a aquél le era fácil imponer en ella su voluntad con sus recursos económicos y militares. Experiencias parecidas a la de aquellos momentos las hemos tenido los dominicanos y haitianos posteriormente, con la diferencia de que el señor todopoderoso estaba de este lado y ejercía en Haití su poderosa influencia.

Cuando Boyer lo tuvo todo preparado, mediante una

proclama anunció su entrada al país dominicano diciendo que venía "como pacificador y conciliador de todos los intereses". "Espero encontrar en todas partes hermanos, amigos, hijos a quienes abrazar" escribió a Núñez de Cáceres en carta del 11 de enero de 1822. Agregándole: "no habrá empero, obstáculo que sea capaz de detenerme".

Esta última frase pone al descubierto la verdadera significación y calificación del hecho que inmediatamente realizó. A pesar de su perfidia no pudo evitar la expresión amenazante; no pudo consumar el delito perfecto, dejando su tenebroso apercebimiento a la consideración de la posteridad para ser opuesto a quienes han pretendido que el aparente llamado fue un hecho real, correlativo a un sincero deseo.

Ninguna afirmación es más contraria a la realidad histórica que la tesis de que los dominicanos llamaron los haitianos en 1822 para librarlos, al parecer, del recién creado régimen independiente dirigido por el ilustre civilista y poeta Núñez de Cáceres, estadista imbuído en las más avanzadas ideas liberales y democráticas de su época; o para ayudarlos a abolir la esclavitud. Todas las veces que los esclavos de la parte española se rebelaron, nunca acudieron al apoyo de la parte francesa.

El tema del sentido que tuvo la ocupación de Santo Domingo por Haití quedó bien dilucidado en un Seminario realizado en 1937 por el Instituto de Investigaciones Históricas, presidido por el Dr. Gustavo A. Mejía Ricart. En su celebración participaron los historiadores dominicanos Mejía Ricarts, Troncoso de la Concha, Máximo Coiscou, Peña Batlle y el autor de estas líneas. También el haitiano Price-Mars. Fueron cuidadosamente examinados los antecedentes y las circunstancias de la agresión, así como los hechos posteriores, todos conducentes a establecer que lo que aparentó ser la respuesta a un llamado, fue en realidad una conquista por la fuerza hábilmente preparada y apoyada por algunos dominicanos descastados o atemorizados, y facilitada por el ins-

tinto de conservación de la mayoría, dada la absoluta carencia de medios defensivos.

En el pasado se ocuparon de este asunto los dominicanos García y Tejera y los haitianos Ardouin, Madiou, Dorsainville y Bellegarde. Más recientemente los dominicanos Moya Pons, R. Cassá, Jimenes Grullón y E. Cordero.

Muchos hemos vivido la experiencia de que la intimidación, la coacción ejercida con el respaldo de una fuerza incontrastable y la amenaza terrorífica sin defensa posible quitan autenticidad y sinceridad a las palabras y los hechos humanos. La voluntad de los hombres sometidos a este trance queda viciada en semejante situación, y al acto libre lo suplantla la simulación y la farsa, quedando escondida en la entraña de cada uno el dolor y la vergüenza.

Por consiguiente, para reconstruir situaciones históricas en que el factor decisivo fue el puro dominio de la fuerza arbitraria y entró en escena la coacción y el miedo, el documento y el acto provocado por la acción terrorista no son suficientes elementos de prueba. Es preciso confrontar éstos con otras fuentes de información relativas a los hechos antecedentes, concomitantes y consecuentes; es necesario compararlos con las crónicas y testimonios producidos en condiciones de libertad, y con la tradición oral y escrita, para penetrar la realidad de aquellas situaciones.

Mientras Boyer preparaba militarmente la invasión y promovía una labor de proselitismo racista e intimatoria a lo largo de la zona fronteriza dominicana, calmaba con palabras engañosas la alarma de los sucesivos gobernadores españoles de Santo Domingo, Kindelan y Pascual Real, y hasta enviaba a la capital de la colonia, al mismo objeto, a su delegado Fremont, en tanto recibía amistosamente en Puerto Príncipe al hijo del Gobernador Real. Posteriormente escribió en términos más claros al jefe del nuevo Estado independiente, José Núñez de Cáceres, cuando ya éste se veía impotente ante la amenaza de conquista, que presentaba en enero

de 1822 comienzos de ejecución en Monte Cristi con la complicidad del corsario sudamericano Aury.

Para dirigir las maquinaciones en la zona fronteriza envió a su edecán Desir Dalmassy. Su misión era utilizar todos los medios de la propaganda, el soborno y la amenaza, de modo de inclinar la voluntad de los pobladores en el sentido de expulsar a los españoles de la inerme colonia e incorporarla a la República de Haití. En la realización de esta labor Dalmassy se asoció con José Justo de Silva, antiguo prófugo de la justicia por delitos comunes y con José Tavares, antiguo teniente del Rey Christophe. A muy pocos pudieron convencer por la vía de la persuasión de que bajo el Gobierno de los vecinos estarían mejor que bajo la férula de la vieja metrópoli o siendo independientes; de ahí que Boyer y sus gentes intensificaron el recurso a la coacción, con mejores resultados.

En esta campaña participó, como se dice más arriba, el comodoro Aury, de quien poco se sabe, que ejercía el corso contra todo lo que fuera español para favorecer a los combatientes independentistas de América del Sur. El marino encontró que para hostilizar la posesión española en la isla nada era más lógico que ayudar a los haitianos en su empeño de sacar de ella a los peninsulares.

Los desaciertos del Gobernador Pascual Real, sucesor de Kindelan, y la grave amenaza que representaba la política expansionista de Puerto Príncipe indujeron a Núñez de Cáceres a acoger el deseo haitiano, que en parte coincidía con el suyo, de ver libre la isla de un poder extraño a ella. Estableciendo un gobierno propio en la parte oriental en lugar del de la metrópoli pensó que se evitaba una acción de Boyer para expulsar de ella a los españoles y apoderarse del país. Si en lo adelante era Santo Domingo una nación independiente y no una posesión española iba seguramente a desaparecer el recelo de los haitianos y éstos respetarían a la nueva nación, sobre todo si se la convertía en un Estado que se sumaba a la Confederación gran colombiana. Así lo prometió el po-

deroso caudillo de la parte occidental. Esta promesa estaba respaldada por la seguridad que tenía Núñez de Cáceres de que Boyer no se iba a atrever a ofender al grande y admirado Bolívar agrediendo a un país que enarbolaba su gloriosa bandera.

Después de consumado el acto emancipador el 1ro. de Diciembre de 1821, Boyer hizo burla de su promesa y no varió su propósito invasor. Tuvo que cambiar su motivación. Ya no podía pretender que traía la independencia a Santo Domingo como San Martín a Chile y Perú y como Bolívar a Nueva Granada y Quito. Sólo dijo que la existencia de dos naciones en una isla pequeña era absurda y que ningún obstáculo podría oponerse a su unificación, pasando por alto la cuestión de principio de que el país en que entraba, por ser otro país diferente, tenía tanto derecho como el suyo a la autodeterminación. No habiéndose realizado la invasión de 1822 para obsequiarnos la independencia, puesto que ya estaba lograda, sino para encadenarnos al poder absoluto que se ejercía desde Puerto Príncipe, lo absurdo es más bien pensar que los dominicanos quisieron someterse a esa condición de dependencia. El proceso de ocupación fue indudablemente incruento. No hubo resistencia en parte alguna. Lo precedió la campaña aterrorizadora y lo posibilitó el estado de indefensión frente al tremendo poder de ataque del asaltante. Hasta hubo pronunciamiento pro-Haití en Santiago, La Vega, Puerto Plata y Montecristi, así como a lo largo de la frontera. ¿Qué podían hacer ochocientos milicianos mal armados contra un ejército estimado en 14,000 hombres, equipado con el moderno y abundante armamento dejado por la fracasada expedición de Leclerc?

Una idea de la avalancha que para dominar el inermes territorio dominicano se desencadenó desde Haití, la da en un ensayo el académico Dr. Julio Genaro Campillo Pérez recordando que en el ejército invasor figuraban nueve generales de división, diez generales de brigada, doce regimientos de artillería, el Estado Mayor del Presidente, granaderos, cazado-

res, carabineros a caballo, granaderos y cazadores a pié, dragones y artillería en los diferentes regimientos. ¿Hubiera habido necesidad de toda esta fuerza para acudir al encuentro de un pueblo que reclamaba la unificación política de la isla? ¿Era ese imponente ejército el séquito que necesitaba Boyer para venir a abrazarse con hijos, hermanos y amigos?

Una vez consumado el hecho, el Presidente Vitalicio de Haití extremó sus diligencias para que ante el mundo exterior apareciera la toma de Santo Domingo como la respuesta a un petición parecida a la que había hecho a España la Asamblea de Bondillo en 1808 para reincorporar el país a la Corona. Había que neutralizar urgentemente cualquier intento de intervención de las grandes potencias y de Colombia, como reacción al atropello, oponiéndoles el argumento de que la ocupación había sido consecuencia de un acto de libre decisión de los dominicanos de formar parte de la República de Haití. Al efecto se imprimieron manifiestos de adhesión con fechas anteriores al 9 de Febrero de 1822, algunos de los cuales habían sido firmados en días posteriores por escasos habitantes de Santo Domingo, según lo sostiene desde entonces una tradición constante repetida por miles de testigos y nunca desmentida. Así se expresa en la tesis de Troncoso de la Concha, fundada concretamente en el testimonio de la nonagenaria Magdalena de los Ríos.

Todos estos documentos fueron opuestos en 1830 en Puerto Príncipe al comisionado español Fernández de Castro cuando por encargo del gobierno de Madrid reclamó para España el ocupado país dominicano. Están publicados in extenso en la obra del antropólogo e historiador haitiano Price-Mars "La Republique d'Haiti et la Republique Dominicaine". Apenas una cincuentena de firmas aparecen al pié de los mismos. En algunos dice: "siguen las firmas".

A pesar de que la tradición no es generalmente fuente de importancia decisiva para la historia, esta tradición de los

manifiestos antedatados es excepcionalmente valedera y debe ser tenida como verdad histórica por concordar con todas las circunstancias reales que precedieron, acompañaron y siguieron al hecho, firmemente establecidas: las matanzas e incendios de 1801, 1802, y 1805; la permanente actitud de rechazo a todo propósito de dominio haitiano; la gran desproporción entre el poder económico, militar y poblacional de Haití, y la creciente y acentuada decadencia de la parte dominicana a partir de Basilea; la previa campaña de intimidación, antes referida; la magnitud del ejército y la táctica de guerra con que fue invadido el territorio dominicano; el sentimiento derrotista predominante, consecuencia inevitable de la indefensión; la tristeza e incorformidad de la mayoría bajo el poder de Haití; los sucesivos conatos de rebeldía; la rapidez y eficacia con que prendió en la población dominicana la conspiración iniciada por Duarte en 1838; la unanimidad con que ella contribuyó a la expulsión de los haitianos en 1844; la alta moral con que el pueblo dominicano rechazó las sucesivas invasiones haitianas hasta 1857.

A esta concordancia entre la tradición de los manifiestos antedatados y los hechos reales históricamente establecidos se agregan valiosos testimonios como es la carta de Núñez de Cáceres al General Carlos Soublette, Vicepresidente de Venezuela, del 6 de Agosto de 1822 en que explica la actitud de sumisión de los habitantes de Santiago de los Caballeros. Dice: "Cuando Santiago se vió amenazada de una irrupción de sangre y fuego dobló la cerviz para no verse de nuevo reducida a cenizas, como en las anteriores invasiones de estos vándalos; esta es la pura verdad y puede V. E. estar seguro de que será el primero de los pueblos que sacuda el yugo en cuanto se le avise que ha llegado la hora de la venganza". Esta esperanza de Núñez de Cáceres anticipó las gloriosas jornadas de Santiago de Marzo de 1844.

Se suma igualmente la apreciación que el cronista francés Lepelletier de Saint-Remy dejó consignada en su obra

"Saint Domingue. Etude et Solution de la question haitienne". La expresa así: "La facilidad con que se hace esta entrada —la de los haitianos en Santo Domingo— ha servido maravillosamente para el desarrollo de una tesis que los haitianos siempre han propagado y sostenido con la mira intencionada que se advierte a primera vista. De dar oídas a los escritores de la República, la anexión del 1822 fue un acto voluntario y espontáneo; la toma de posesión del Presidente no fue sino la conquista de los corazones. Pero no hay nada menos cierto que esta aseveración histórica. La toma de posesión de 1822 fue pacífica; pero bajo el terror que antes había producido Toussaint en la mayoría de las poblaciones. Los españoles de Santo Domingo daban solamente en estas circunstancias una prueba de esa manera extraña de ser y carácter que los acontecimientos anteriores dejan bien precisada. Plenos de energía para sacudir una dominación establecida, indomables y perseverantes en la insurrección, son mórbidos y débiles en la resistencia. Con tal naturaleza, toda sumisión, mirada desde lejos y al través de cierta fraseología interesada, puede parecer una conquista de corazones".

Este testimonio de Saint-Remy es un lúcido reflejo del general escepticismo con que en el exterior se recibió la versión del llamado. Era sencillamente increíble y hasta ridícula. A los dominicanos se les había visto buscar espontáneamente el amparo de la madre patria en 1808 y se les había visto luchar hombro con hombro en su territorio con los militares franceses para combatir en 1801, 1802 y 1805 las invasiones haitianas a pesar de que repudiaban el traspaso del país a Francia en virtud del Tratado de Basilea, pero nunca se les había visto procurar la unión con Haití.

En un más amplio sector de nuestra historia vemos que de 1808 a 1871 había en este país un poderoso sector de opinión política que aspiraba a protectorados y anexiones, movido precisamente por un deseo diametralmente contrario al que pretendió exhibir Boyer: por el deseo de conjurar

el peligro de una absorción por la nación vecina. No era pues históricamente admisible en la época de Saint-Remy, ni lo ha sido antes ni después, la hipótesis de que en un breve momento en 1822, los dominicanos dimos repentinamente un vuelco de 180 grados para querer lo que nunca en otros momentos hemos aceptado de buen grado.

En lo referente a lo expresado por el cronista Lepelletier de Saint-Remy en el último párrafo del fragmento transcrito se impone observar que la característica del pueblo dominicano que él señala le cabe a todos los pueblos, puesto que un agresor preparado gana generalmente el primer golpe sobre su víctima no prevenida y la reacción de ésta viene después.

La falsa versión fuera un tanto verosímil si los llamadores hubieran sido esclavos rebelados de la parte oriental en busca de apoyo. Pero nada de eso hubo. Fueron al contrario personas de la clase de los señores; de quienes tenían esclavos; lo cual contribuye a colocar el supuesto llamado, a la luz de la crítica, en el marco de la simulación por miedo o en el de la pura adulteración de documentos, puesto que la liberación de los esclavos que dispondrían los ocupantes, les iba a causar una pérdida.

Pedro Morell de Santa Cruz, Juan Núñez Blanco, José Peralta y José María Salcedo, quienes encabezaron el pronunciamiento de Santiago en favor de Haití, no eran gente que sostenían ideas abolicionistas. Eran individuos de alta posición social, ajenos a la lucha emancipadora. Al igual que Diego Polanco, Juan Tomás Trilla, Andrés Amarante, Fernando Morell de Santa Cruz, Joaquín Bidó, Camilo Suero, Pablo Altagracia Báez, Manuel Félix, José Joaquín Firpo, Angel Noboa y la mayoría de cuantos dirigieron los pronunciamientos en el Norte y en el Sur.

La actuación de estos señores al manifestar una aparente "adhesión espontánea" al invasor debe evaluarse en su real contenido de sumisión forzosa a un poder incontrastable,

advirtiendo la relación de causa a efecto que guarda con la campaña intimidatoria que desde dos años atrás dirigía Boyer y sobre todo con la carencia de medios de defensa. En aquella época Santo Domingo estaba tan a merced de la voluntad de Boyer como posteriormente, en 1861, lo estuvo bajo la férula de Santana y en 1870 bajo la de Báez, ocasiones ambas en que el pueblo dominicano apareció ante el mundo solicitando anexiones a grandes potencias que en realidad no deseaba. En estas tres ocasiones estuvo falseada la conducta de nuestro pueblo, como también fue inexistente el querer de los dominicanos que en 1935 aparentaron desear el cambio de nombre de la ciudad de Santo Domingo.

La verdad del sentimiento dominicano, manifestada siempre con palabras y en hechos heroicos memorables y excepcionalmente encubierta en la ocasión estudiada, bajo el manto de mentirar con que la ocultó la opresión, la expresó valientemente el adolorido Núñez de Cáceres al entregar el mando a Boyer, cuando dijo: "Entre las poblaciones de los antiguos territorios de la Isla de Haití la diferencia de origen, de idioma, de legislación, de costumbres y de hábitos, son causas poderosas que se oponen a la fusión en un sólo y único Estado, y el porvenir se encargará de probar con los hechos lo fundada de esta aserción".

COLOFON

Esta edición No. 17 del "BOLETIN DEL INSTITUTO DUARTIANO" se terminó de imprimir en Noviembre de 1982, en la IMPRESORA ARTE Y CINE, C. POR A., Isabel la Católica 152, Santo Domingo, R. D.

EL INSTITUTO DUARTIANO es un organismo de carácter oficial creado por el Decreto No.1982 del 7 de diciembre de 1967.

Su sede oficial es la Casa Natal de Juan Pablo Duarte y local anexo, marcada con los números 306 y 308 de la calle Isabel la Católica, en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana.

Teléfono: 689-0326

Componen la Junta Directiva del Instituto Duarteano:

Lic. Pedro Troncoso Sánchez, Presidente
Dr. Carlos Federico Pérez, Primer Vicepresidente
Dr. Antonio Frías Galvez, Segundo Vicepresidente
Prof. Angel Miolán, Secretario
Dr. Víctor Manuel Soñé Uribe, Tesorero
Lic. Manuel Ramón Rufz Tejada, Vocal
Dr. Virgilio Hoepelmán, Vocal
Sr. Manuel García Arévalo, Vocal
Dr. Mariano Lebrón Saviñón, Vocal
Dr. Alfredo Mere Márquez, Gobernador de la Casa de Duarte
Sr. J. Eduardo Fiallo, Director del Museo de la Casa de Duarte.

